

Guillermo Ibáñez

El Personaje **y otros cuentos**



Editorial
Ciudad Gótica

Guillermo Ibáñez

El personaje

y otros cuentos

Editorial
Ciudad Gótica

ISBN N° 987 – 9389 – 45 -X

PRÓLOGO

Conocido principalmente por su destacada producción como poeta de la generación del '60 y como director de la revista *Poesía de Rosario*, Guillermo Ibáñez ha publicado hasta el presente, varios títulos en el rubro lírico, desde *Tiempos* (1968) hasta *El árbol de la memoria* (Ed. Ciudad Gótica, 2002), además de haber participado en numerosas antologías y publicaciones periódicas.

Con la presente colección, incursiona por tercera vez en el género narrativo, después de *Contornos de juego, Crónicas y Narraciones* (1979) y *La Octava Esfera* (décadas de 1980-1990, inédito).

En el ámbito relatural, la escritura de Ibáñez se destaca por su inclinación a indagar los misterios o paradojas que se esconden tras las máscaras de los personajes que nos rodean en la cotidianidad o nos seducen en las obras literarias, los dobles, los amigos, las mujeres; en un tono que va de la seriedad más profunda a una comicidad burlona cargada de ironía. También se interesa por ciertos seres, objetos o categorías plenos de dimensiones semánticas o sugerencias artísticas: los libros, los espejos, los cuadros, el paso inexorable del tiempo y sus efectos. El narrador básico gusta de las digresiones: se involucra en el mundo narrado, acompaña al lector con sugerencias y comentarios ingeniosos, sarcasmos, chistes, reflexiones, como si le estuviera hablando. Lo coloquial —con sus modismos típicamente rosarinos, sus *rayes*, su argot que logra incorporar al rango de la narrativa nacional en primera línea—, adquiere ese tono de charla de café con sus amigos —del tribunal, escritores, críticos, artistas— que lo caracteriza.

Quienes lo conocemos sabemos que todas esas marcas son claves de un estilo que, como siempre, están en el hombre.

El personaje y otros cuentos reúne relatos compuestos entre comienzos de la década de 1980 y fines de la de 1990 y pone en evidencia una notable maduración de sus cualidades para la prosa narrativa breve: la seducción de una historia, centrada en el retrato o la recreación de un personaje, sea el que se puede encontrar en el barrio («El amor de Germán») o en la eternidad de la literatura («Reivindicación de Beatriz», «Refutación de Marlowe») o el que sirve de puente para la crítica a los pseudo intelectuales que abundan en el medio («Lo inmutable»), en la amistad teñida de una identificación entrañable («El encuentro con Rou»); en la relación con las mujeres, dentro de una amplia franja que va del amorío al compromiso, atraído a menudo por la otra, la de algún modo inalcanzable, la que provoca curiosidad o desconsuelo («La playa», «A la hora de su llegada»); en la pintura de cuadros ágiles y coloridos de la alienante rutina cotidiana, a veces reforzados con la acumulación sintáctica («Al final del día»); en la recurrencia frecuente de la ironía y del humor («Dos mundos», «Conducir»), en la ambigüedad de los límites entre el tiempo-espacio de la vida, de la memoria, de la identidad y de la palabra («El centinela», «El personaje»).

Otras veces lo convocan la incursión en la metafísica, las paradojas y las intertextualidades borgeanas («La Biblioteca», «Historia circular»). Y si a veces se enreda, se confunde, se exaspera, es porque está dando testimonio de una búsqueda que es también una lucha con el lenguaje y con el mundo. Y de un estilo personalísimo a través del cual el habla de Rosario marca su territorio singular en el ámbito de la narrativa argentina e hispanoamericana.

Rosa Boldori

El personaje y otros cuentos

EL ENCUENTRO CON ROU

Paseaba desalentado por falta de ideas para escribir.

La fortuna que consiguiera con esos negocios había terminado con mi —hasta entonces— prolífica imaginación.

Los poemas no fluían como años atrás y las narraciones se iban haciendo esqueléticas de vivencia, huecas, superficiales... cómo decirlo...

Abordaba cualquier experiencia para tratar de extraerle un argumento. Pero no había caso. Tenía cerrada la puerta de esa parte de la cabeza que contiene la imaginación. Y la puerta tenía cerrojos inviolables que habían ido forjando demasiados años dedicados a cuestiones muy lejanas de la Vida, y me habían sumido en las cosas banales de la vida.

Llovía sobre las veredas. Guarecido por los balcones de las viejas casas de ese barrio de París, iba esquivando los charcos, casi con ganas de no esquivarlos y de que no fueran charcos.

Miraba dentro de los bares, como buscando alguien conocido.

Eso duró toda la semana desde que regresé a mi país.

Había estado tres años seguidos atendiendo los intereses de la empresa en América. Había visto la miseria como nunca antes desde la guerra y había traído conmigo la desazón de esos pueblos. Comía poco, tomaba bastante. Creo que tomaba más por hastío que por gusto. Tomaba para olvidar quién era, o mejor dicho, quién había sido.

Tener una participación en la empresa, no agregaba nada. Sólo me traía más dificultades. También dinero, es cierto, pero en lo mío, nada.

Y aquí me encontraba, sin poder someter una sola línea a la voluntad de la máquina de escribir. Sin una idea.

Vagando en busca de algo.

Al séptimo día —que algunos suponen fue el descanso del Creador—, por la calle Lafayette, encontré un misérrimo barsucho y, en él, a un amigo de años atrás que hacía juego perfectamente con el lugar.

Estaba echado sobre la mesa tras una botella vacía de vino, con el vaso aún entre sus manos.

Me acerqué y comprobé que dormía. Todos esos años sin verlo. Miré las arrugas de su rostro y la ropa sucia y vieja que vestía. En su tiempo fue un joven agraciado, mujeriego, talentoso y requerido por la gente. Siempre tuvo una vida divertida (eso suponía yo), embistiendo todo con su esplendor y su juventud.

Lo miré un momento más y apoyé mi mano sobre las suyas. Le saqué el vaso y apreté cariñosamente sus helados dedos. Se despertó lentamente. Lo bebido lo tenía hasta extrañado de sí mismo. Me miró, apretó los ojos y se le surcó más aún el rostro. Levantó la cabeza, volvió a verme y se le iluminó la mirada. Una sonrisa nació en sus labios. Sus comisuras hacia abajo, disimuladas apenas por la rala barba canosa, indicaban un gesto duro y tiempos no muy alegres.

Hablamos de él y de mí, le conté mi cuasi tragedia de no poder escribir. Se rió como me gustaba verlo, con esa furia y esa gracia que divertía a quienes lo conocíamos, y aplastaba a los que quería herir. Rió, y a pesar de la amistad, sentí que también se reía de mí. Reía de verme como era, sin los disfraces que el resto de la gente tiene en cuenta.

Rou era el mismo y yo, era yo sin vestimentas ni status ni fama ni posición. Éramos ni más ni menos que nosotros.

La charla derivó a contarnos mutuas historias de viajes y de gente.

Bebimos varias botellas de vino y pugué para que me relatara sus cosas. Ahora creo que algún demonio ya pensaba entonces un plan dentro de mi cabeza.

Me refirió una historia. Gocé, sufrí, viví esa historia. Le pedí que me confiara otra más. Se negó. Respondió que le pertenecían como me pertenecían las mías.

Ese demonio ya lo había pensado. Indudablemente ya se había procurado una trama para conseguirme otra vida, lejos de los negocios y la posición; cerca de la creación, a cualquier precio.

Esperó en silencio. Al fin le propuse pagarle sus historias. Dijo que no cambiaría por nada del mundo lo suyo, mucho más valioso que los objetos que podría darle a cambio. Insistí, rogué, supliqué y a pesar de todo, se mantuvo en el no.

Le dije que no tomaba esa respuesta como definitiva, que lo pensara, que lo volveríamos a charlar. Y concertamos vernos al día siguiente en el mismo lugar, a las cuatro de la tarde.

Lo llevé hasta su casa, o lo que así llamaba. Subí un momento hasta el altillo, una habitación de cuatro por cuatro, dos ventanas, una cama, una mesa, una silla, dos viejos sillones, una biblioteca, papeles esparcidos por todos lados, lápices, una vieja máquina de escribir, fotos, cuadros de cinco o seis famosos —los más, desconocidos—, frases de Rimbaud, Hölderlin, Artaud, pegadas en los marcos de las aberturas con chinches. Afiches, poemas, un tocadiscos, una alfombra deshila-chada, cortinas eternas, máscaras de ceramistas ignotos, tres o cuatro pequeñas esculturas...

Masculló un «hasta mañana» que apenas comprendí y se tiró sobre la cama.

No me dio lugar a nada. Quedó dormido, como muerto.

Recorrí la habitación, tropecé, miré, leí lomos de libros, citas de poetas y filósofos mezcladas con telarañas de suciedad, de abandono y de desidia.

Lo miré. Estaba boca abajo, haciendo un ruido tremendo al dormir.

Al salir, cerré por fuera y bajé por la escalera peligrosa. Llegué a la puerta, entré al auto y me fui lentamente.

Millones de ideas revoloteaban por la cabeza pero no tuve más remedio que acostarme.

Ignoro si dormí o no, en qué pensé, o si estuve soñando.

Al día siguiente hablé por teléfono avisando que no iría a la oficina.

Anduve todo el día a la espera del horario del encuentro.

Por fin fueron las tres y media en mi reloj.

Salí hacia él o hacia mí mismo.

Antes de la hora, ya estaba en el barsucho del día anterior. Me senté a la espera de que llegara.

El campanario lejano confirmó la hora, pero no aparecía.

Recién a los treinta minutos y cuando la impaciencia impulsaba para salir a buscarlo, descubrí que miraba por la vidriera del bar. Al verme, saludó con una mano y entró. Se sentó frente a mí, como un espejo.

Hablamos de la ciudad y de otras cosas. Invitó a una muestra de pintura. Me opuse. Dijo que estaba esquivando hablar de lo que habíamos dejado pendiente. Contestó que mientras fuéramos hacia la galería, charlaríamos del tema.

Pero decía todo con un tono de restarle importancia mientras su desinterés crecía proporcionalmente a mi angustia y mi ansiedad.

Propuse pagarle con cosas sus vivencias.

Le ofrecí un departamento que tenía desocupado en un buen barrio para que viviera confortablemente a cambio de algunos relatos.

Al principio me miró como no creyendo lo que decía. Luego dijo que formalizáramos. Pero lo único que prometía eran las historias, que no pretendiera que fueran verídicas. Me negué y dije que debían ser verídicas, vivenciales, de otro modo, no le pagaría nada; aunque creo que toqué algo de él que no esperaba, porque algunas de ellas me parecen más producto de la

fantasía de ese loco que de su vida. No puede ser que haya hecho ciertas cosas. O sí —¿cuál es el límite de los demás?—, sí hice todo lo que hice por estas narraciones.

Al fin, prometió veracidad. Le creí, de apurado que estaba por obtener vidas para escribirlas.

Me refirió muchas que escribí con fe y dedicación, situaciones y personajes complementarios. Cambié finales, quité hechos o los sustituí por otros; creé psicologías y arquetipos, vidas y obras.

Dejé trabajos formales. Me emborraché después de mucho tiempo. Vagabundeé y me dejé mojar por la lluvia bohemia de las tardes, quedándome dormido en los bares, yendo a las exposiciones de cuadros, hablando con los artistas, escuchando música, viviendo en su pieza.

Él, por su parte, se viste bien, maneja automóvil, cumple horarios y compromisos, bebe lo justo, apenas sale fuera de las reuniones que el protocolo de su nivel requiere y dentro de algunos años, cuando el hastío y el vacío sean como lo fueron en mí, buscará por los bares a otro como era antes, o como soy ahora.

A otro en quien pueda escapar cambiando todo lo que tenga por unas historias para recuperar el tiempo perdido en la vida minúscula del hombre de afuera.

LA PLAYA

Estábamos con mi mujer debajo de la sombrilla. Ella leyendo una parte del diario; yo la otra.

El paisaje casi solitario atrajo más mi atención que las noticias y abandoné esa página de informaciones (por otra parte, todas o casi todas terribles). Así, sentado, me puse a ver el mar que amo, lo desierto de la playa en ese marzo y dos mujeres que junto a la orilla se mojaban los pies mientras miraban distraídamente y charlaban.

De pronto me di cuenta, o creí, que una de ellas, a quien llamaré “la polaca”, miraba hacia donde yo estaba. La atención dejó el paisaje y se concentró en ella.

Me distrajo la aparición de un hombre que inmediatamente reconocí como el que fuera bañero de esa playa durante tantos años y ahora ejercía una especie de jefatura de la zona. De pronto el sujeto ingresó al agua y se alejó tanto que sólo se divisaba el gorrito blanco en medio del mar. Estaría a unos trescientos metros y mi vista lo seguía atentamente. Apoyado sobre ambas manos me erguía de tanto en tanto, cuando me parecía que lo había perdido de vista. De esto me sacó mi mujer al comentar, bajando el diario...

—Mirá ese hombre, tan lejos (con su usual exclamación)... ¡Cómo se anima, qué barbaridad!

—De todos modos, qué arriesgado.

Y siguió leyendo con la atención que la caracteriza, comentándome de vez en cuando alguna noticia.

Salido de este tema reapareció mi preocupación por “la polaca” —como ya a esa altura la había bautizado por su esbelta figura: rubia, nariz respingada, ojos que supuse claros—. Seguía mirando hacia mí. La tentación de un gesto (que ensayé mentalmente), me pareció algo sin posibilidad ni futuro.

Renació mi interés, cuando justo su acompañante empezó a caminar por la orilla, alejándose bastante y ella se metió en el agua. Me dije: yo también quiero ir al agua. Si voy ahora, alguna palabra se puede cruzar...

Pero, nuevamente, mi definición de que soy un hombre retirado de la “guerrilla urbana” (así le llamo al conocido como *atraque*), la ausencia de probabilidades y la presencia de mi mujer que —como es de imaginar— negaba toda chance, hicieron que desestimara la intención.

No obstante seguí mirándola y, a veces, como el destino quiere ayudarme, la polaquita salió del agua, levantó su mano en busca de la atención de su amiga a lo lejos y se encaminó hacia ella.

El camino del agua estaba ahora libre.

Puse el pedazo de diario bajo un bolso y me encaminé hacia ese mar que añoro en la distancia y disfruto como un goce supremo cuando lo tengo cerca, o más cabría decir, cuando su inmensidad me abraza, me golpean sus olas, me arrulla como un canto de sirenas su ininterrumpida rompiente que se hace espuma en la orilla y cuyos últimos restos acuosos penetran en la arena; quizás para que las huellas del hombre se marquen, y para después que creyó imprimir esa huella (oh, lo efímero y transitorio de las cosas), venir con otra ola y borrar sus pisadas y la historia que esas pisadas trataban de contar. Digo esto, porque realmente el mar es mejor que cualquier diván, que cualquier terapia, más poderoso que cualquier otro dios.

La sensación de frescura en los pies me sacó del ensimismamiento y ya fue vivencial pisar haciendo ruido y salpicando alrededor, hasta encontrarme con las primeras olas y el agua llegándome a la cintura.

Eran las cinco de la tarde, más o menos; lo digo por la posición del sol. Parecía que estaba en una playa personal. Habría en ese momento, cuatro personas en cuatrocientos metros a la redonda. Una, mi esposa, impávida, leyendo a unos ochenta o noventa metros de donde yo estaba. Otros dos hombres, bien lejos, casi en el límite expresado y sí, bien cerca, en la orilla y precisamente mirando cómo yo jugueteaba con las olas, hacía la plancha, me zambullía debajo de alguna muy alta, se encontraba una mujer descalza con un pañuelo en la cabeza, con un vestido o salida de baño largo, color rojo y estoy seguro de que me miraba, le veía los dientes. Tenía, sin duda, expresión de risa. La tenía a veinte metros. Me tranquilizó pensar que estaría divirtiéndose con mis payasadas. Por un momento me sentí un tanto ridículo, pero el paisaje se impuso a mis ojos y olvidé todo y gocé esas gaviotas aterrizando y elevándose con una gracia inigualable. Pensé que una de ellas era Juan Salvador porque hacía todo lo que se le antojaba sin seguir las supuestas directivas o metas que esa hora de pesca indicaba a las otras de su especie.

Algunas nubes a lo lejos, daban una impresión mágica al cuadro. Los rayos del sol se colaban por ellas, como a través de una seda, el fuego. Aun hacía mucho calor. El instante era en verdad inefable.

Mi mujer, allá, leía. La mujer de la orilla seguía mirándome y parecía sonreír. Las figuras de las dos jóvenes se perdían en la lejanía, entre la bruma del agua y el espejismo de la superficie irregular. Los hombres, en el confín del cuadro, parecían cruzados de brazos, parados e inmóviles.

Entonces, de pronto, mis pies no palparon ya la arena del fondo, el agua me cubrió, mis ojos se inundaron, salté y apareció el paisaje inmóvil con mi mujer a lo lejos leyendo sin mirarme (ella que siempre me seguía con su mirada cuando yo iba al agua), los hombres como estatuas clavadas en la distancia y las gaviotas detenidas en el aire en pleno vuelo. La chica que hasta un momento antes parecía divertirse con mis zambullidas y que siguió mirándome después, justo ahora había girado y estaba como viendo el mismo cuadro que yo pero dándome la espalda. Ella, ahora creo que no se reía de mis payasadas. Esa mujer simbolizaba algo. Esto lo pensaba en décimas de segundos en las cuales emergía y volvía a sumergirme buscando desesperadamente con las puntas de mis pies, un suelo donde apoyarme, una salvación.

Además, no creía que fuera válido gritar en demanda de auxilio, yo que había visto sacar a tantos hombres que se estaban por ahogar o ya muertos y recordaba sus pálidos semblantes, yertos sobre la arena o en camino a un inútil hospital sobre una camilla.

Quería hacerlo por mí mismo y sintiendo que era imposible, me dije que debía aguantarme sin gritar, sin nada; morir como se debe, sin escándalo, sin ruido, sin que nadie despertara.

Al emerger, otra vez ese paisaje quieto, las inexistentes olas, algo extraño en la nariz y los pulmones que me decía que era la hora y tenía que ser fuerte, aguantar y morir sin decir nada.

Pero también quería salir, buscaba afanosamente con los pies un sitio, un fondo en el cual hallar la salvación, aunque el nivel del agua parecía subir y bajar en mis ojos como cuando viera esas películas que la cámara toma la superficie y bajo el nivel alternadamente.

Pensaba en mi mujer allá a lo lejos leyendo.

Vi, o me pareció ver, que la mujer de la orilla tenía una piel extremadamente blanca, pálida diría, como una imagen singular de la muerte que me hubiera venido a buscar. Entonces grité, moví manos, pedí auxilio y al sumergirme de nuevo pensé que al salir ya alguien me habría visto.

Pero el paisaje seguía como una fotografía y un velo que no podría traducir de qué materia se componía iba espesándose... el paisaje se diluía.

Pensé que debía gritar más fuerte, que el viento en contra de la dirección de mi pedido se confabulaba para apagar la voz; junté nuevas fuerzas, salí y grité con todo lo que podía, vi que mi mujer a lo lejos, parecía ahora sí mirarme, pero de costado, simulando que seguía leyendo el diario. Calculé si no sería ésa la respuesta final a mi pretensión de mirar a la polaquita de hace un rato y a otras cosas que yo creí que nunca se había enterado. Y si las sabía y ahora no me miraba era para disimulada-mente verme perecer.

Como en una película, acudían memorias de lo estudiado sobre la vida de las arañas que se dejan hacer el amor y después matan al macho y lo devoran.

Mis pies no encontraban lugar, el agua parecía estar conquistándome, mis miembros no articulaban movimiento alguno y sólo mi mente no moría. Los ojos, percibiendo un paisaje cada vez más nublado como si una membrana de humo que se engrosara cada vez más me separara de todas las cosas.

Como última imagen, apareció la nítida figura de la mujer pálida que ahora me había vuelto a mirar, sonreía dulcemente mientras venía hacia mí —o eso creí—, sólo quedaron en el espacio y el tiempo, (ya que todo lo demás se había borrado), ella y yo, juntos.

LA CASA

Lo cotidiano transcurría en toda la casa para sus habitantes sin que se alterara la normalidad.

Sólo él advertía peculiares situaciones que no podía transmitir a los demás.

Los chicos y la mujer entraban y salían, jugaban, comían, se bañaban, desordenaban y volvían a ordenar.

No les atraía quedarse en la casa; más vale, pensaban que se sentían encerrados. Querían generalmente salir, ir al cine, al parque, a lo de los abuelos, a visitar a otros amigos. En cambio él prefería quedarse, trabajar fuera de la casa lo menos posible, dejarla deshabitada el menor tiempo. Apenas el necesario para cumplir las obligaciones, hacer un esporádico viaje o paseo.

Sentía que esa casa, la suya, era un mundo completo, con vida.

Creía que las paredes, los pisos, los techos, cada recoveco, guardaban un misterio, poseían una sensibilidad.

Tanto que, en ausencia de los demás, alguien habría supuesto que hablaba solo, pero en realidad hablaba con la casa, con sus partes.

Y no creía en duendes ni fantasmas ni mucho menos. Tampoco creía en el diálogo con los muertos, porque ese culto de hablar con los que ya no están le producía rechazo, representaba el culto al pasado y él no participaba de esas ideas; al contrario, era cientificista al extremo, pues sabía que después de la vida iba a convertirse en polvo y si había otro nivel no era de los cuerpos; en todo caso, sería apenas de almas, de energía, sería de ese último aliento que sale al expirar la vida.

Envidiaba la perdurabilidad de esa casa. De “ésa” porque era la suya, porque estaba invadida por su ser. En ella había crecido, jugado. En esa casa habían vivido con él sus padres y sus abuelos. En cada una de esas habitaciones leía memorias que parecían aparecer y restablecerse en realidad.

En momentos en los que su esposa e hijos se iban y quedaba solo, caminaba el corredor que une los dormitorios, se detenía en el comedor diario, miraba el reloj que desde hacía cincuenta años estaba sobre la biblioteca, privado de funcionar porque su tic-tac era para él tan sonoro que lo despertaba, así como su gong. Se sentaba y en el medio del silencio, aparecían supuestos pasos que trataba de identificar.

Esos son los pasos de mi padre. Esos otros los de mi abuelo. Esos tacos secos los de mi abuela. Ese ruido lejano de agua, viene de la cocina. Esa puerta que se cierra, la del patio al living. Ese crujido, de este mueble. Ese otro, del ropero inglés. Aquel sonido de pasos, el de mis pasos. Los ruidos que vienen del patio, mi hermano y yo jugando. Esos golpes como bombas seguidos de protestas, de mi madre a quien le duele la cabeza y está encerrada en su dormitorio todo oscuro. También mi hermano y yo jugando a la paleta en el patio y un vidrio más que rompemos de la mampara. Nosotros escondiéndonos para no ligarla. Ese llanto que se escucha es el mío o el de mi hermano, agarrados in fraganti, después de hacer una macana.

Recuerdos, recuerdos como una película que pasara lentamente, memoria de hace mucho o momentos no sometidos a la temporalidad profana en los que la casa es manipuladora del pasado, sólo cuando el hombre está solo y sólo cuando además de solo, piensa en la casa y la casa le responde con ese artificio de hacerlo sentir como sentado en la butaca de un cine viendo su historia.

La casa, tan misteriosa como la rosa. Y como ella, dentro contiene algo distinto.

La casa es la de adentro. Porque mirada desde afuera o enfrente, desde la terraza o el patio, ya no es la misma. Es la fachada o un frente, o el techo. La casa tiene como el hombre, o como la rosa, su sí mismo en lo interior, no en lo externo.

Lo de afuera puede diferir, aunque el rostro de una persona exprese su fuero íntimo como lo que se ve desde afuera de una casa revele un tanto lo que contiene.

Y así, el hombre ingresa a un pliegue temporal en el que desaparece por completo lo cotidiano.

Desaparecen los muebles que ahora la visten y las cerámicas del patio y el empapelado de las paredes y regresan aquellos viejos muebles que alguna vez rayaron con un triciclo, la vieja escalera que conduce a la terracita y la otra, que llevaba de allí a la terraza.

Vuelven el cielo aquél, las meriendas del invierno, la radio, las llegadas de la escuela, la vieja bañera de *fierro* en el baño inmenso, el patio, las macetas, los helechos y los geranios, la pileta de lavar, la Olivetti negra, portátil, del viejo allá a lo lejos en el escritorio, los cuadros que su tío Jorge hizo, reproduciendo a Degas y Utrillo, instalados en el comedor que ostentaba esa araña preñada de cáireles. Las celosías tantas veces barnizadas. El tintineo de las copas guardadas, al son del tranvía que pasaba a media cuadra. El timbre que sonaba a la mañana y el lechero tuerto que bajaba de un sulky, o un carro tirado por un obediente caballito, apoyaba sobre la rodilla un tanto levantada, sobre la punta de un pie, el tarro grande y volcaba midiendo generosamente los litros en el hervidor que la abuela le arrimaba.

Vuelven las tortas negras caseras, el Toddy, Oscar Rovito haciendo de Tarzán a las seis de la tarde de lunes a viernes.

Los partidos en la calle, con Ernesto, Juan Carlos, Mario, Eugenio, Carlitos, Bazán y el gringuito de la panadería.

Vuelve el club de la infancia, el fanatismo por Ñuls, su camiseta, los partidos interminables contra su hermano de Central. Vuelve el primer televisor, esa maravilla que hacía que el abuelo

no creyera lo que estaba viendo. Vuelve otro horizonte de casas altas pero sin edificios, la plaza López, el parque de la ancianidad, las barrancas, los amigos, las peleas, el camino a la escuela que podría haber recorrido ciego, identificando cada casa, la cuadra del hospital que entonces era más sucia todavía y daba asco el olor que uno sentía, al pasar nomás.

De pronto, los gritos de los chicos rompen la situación y la casa calla. Enmudecen las paredes y las memorias. Es el intervalo de la infancia, en el que la luz aparecida después de horas de casi oscuridad, molesta y hace que el hombre se restriegue los ojos con las dos manos y empiece a escuchar la voz de su mujer diciéndole a los chicos que papi no está y los chicos insistiendo a los gritos, llamando: papá, papi, dónde estás.

A LA HORA DE SU LLEGADA

Estoy en la orilla del río, sentado en medio de la paz del atardecer que se lleva las urgencias del día, esperando que ella llegue.

A lo lejos se advierten las luces de un barco, seguramente un barco cerealero, que viene a cargar, si viene del norte para acá. Seguro viene a cargar, porque cuando están cargados pasan en sentido inverso, hacia el sur. Por sus luces debe ser un barco grande, de gran calado me refiero. De qué bandera será.

La isla parece enterrada en la oscuridad de la noche que avanza desde el este. A mis espaldas el día se va, con sus últimas claridades, oscurecidas por las nubes que abriga el ocaso.

El río color león pasa potente, como demostrando que aún con su poca velocidad encierra su ferocidad de gran torrente.

No hay mosquitos, los primeros fríos no los afectaron, o son mosquitos de otoño, pero ahora con los fríos que hubo, no quedan. Deben haber permanecido vivos muchos hasta hace unos días, tal vez debido a las interminables lluvias que pareciera los engendran.

El barco ya está más cerca, sin duda es de gran tonelaje, parece que va a ocupar toda la anchura del río con su imponente manga.

Ahora se ven más luces. Del barco y de la ciudad que se va iluminando con el artificio de la noche. Carteles, luces rojas en lo alto de los edificios, nubes que semejan otros paisajes.

Paisajes con otras orillas, otros ríos, trolejes de bestias indescriptibles. Por allá una forma como de oso rampante, más lejos la figura de un caminante en una orilla, que recorta sólo su sombra u otra nube que figura la cabeza de un corcel desbocado.

Cuando ella llegue, qué me dirá. La estrecharé y besaré o le daré la mano.

Ha pasado mucho tiempo sin que nos viéramos.

Es decir, nos hemos visto, pero vernos solos, sin testigos, hace mucho.

Cuando nos hemos encontrado siempre alguien estaba con ella o conmigo y la charla era trabada, confusa, quedaba más por decir.

Ahora, después de tanto, vamos a poder hablar de nosotros. Si llega, claro.

¿Vendrá?

¿Qué dirá para viajar hasta aquí y demorar un rato o unas horas o toda una noche?

Le tendría que preguntar qué va a decir. No, mejor no le pregunto nada.

Si ella dice, bueno; pero inmiscuirse en lo que haya dicho no corresponde, son cosas de ella.

Aunque quisiera que sus cosas fueran las mías, pero ya una vez ella dijo lo mismo y yo le dije que respetara mi vida y mi modo y que nuestra relación debía seguir tal como empezó, con conciencia de sus limitaciones tanto de tiempo, como de circunstancias. Que el día que se mezclara con mi vida, todo terminaba. Me acuerdo perfectamente que dije esas palabras, agrandado, como si manejara mis afectos.

Pero entonces lo hice así, prepeando a la realidad y a mí mismo.

Hoy, la estoy esperando como si fuéramos chicos, digo, jóvenes que concurren a una cita con alguien que desean mucho y han pasado tantas cosas, tanta agua por este río, tantos años.

El cielo de este cambiante abril, ahora está despejado y se nota que ese viento sur que indica aquella chimenea, lo ha dejado límpido. Cuánto durará. Este mes ha sido lluvioso como los anteriores, por eso pienso que a lo mejor mañana otra vez aparece nublado, aunque la costumbre es tormenta seguro los fines de semana, no los días que hay que ir al trabajo.

Y esos fines de semana con lluvia, hacen que uno se lo pase con la familia encerrado, mirando televisión, leyendo algún libro, extrañando a alguien, ya que de no distraerse —a mí por lo menos—, se abalanzan recuerdos, hipótesis de encuentros, suposiciones, presunciones que tal vez no sean más que ansiedades volcadas dentro de uno.

Hace rato que tendría que haber llegado.

No podrá venir. Estaré aquí esperando toda la noche. A lo mejor se demoró el ómnibus que la dejaría a las siete en la estación. Mejor no me preocupo y aguardo tranquilo.

Pero... y si no viene... Ella que me decía que me esperaba en el andén de sus muslos, en la puerta de sus labios. Que quedaba en el puerto de partida haciendo señas con la mano mientras yo asumía de pronto una actitud indiferente, serio, distante, arrojado de nuevo al abismo de mis pensamientos cuando salía de su ciudad y partía de regreso a la mía, a mi casa.

Qué pensará. Creerá que todo vuelve o como me pasa a mí, sentirá que no se puede recuperar el tiempo perdido. Si piensa eso... capaz que no venga o que en este momento esté pensando que me va a llamar por teléfono, me va a decir que no pudo y yo quedaré ansioso hasta su llamado, con la intriga de qué pasó.

O tal vez use el llamado para hacer como una despedida, sin atreverse al duelo de enfrentarnos, porque fui capaz entonces de separarme de ella, pero no sería capaz ahora, si todo volviera.

Aunque tal como ocurrió, quizá aparte de su historia oficial, tenga otras cosas, ya no le interese más nuestro amorío y esa relación conmigo haya sido una más, como fueron o son otras relaciones para mí.

Tal vez si no viene, sea yo quien le hable por teléfono y le diga que no se animó, que ahora fue ella la que tuvo miedo. Miedo como el que tuve entonces.

El barco aquel ya pasó hace rato y hasta desapareció, río arriba.

La noche se instaló soberana y estoy sintiendo frío.

Aunque hubiera perdido el que llega a las siete, debería haber llegado a lo sumo a las ocho y ya son mucho más de las nueve.

Ahora el río me cuenta una historia que trato de no escuchar, pero el río persevera, se adentra en mi interior. Ahora la noche se ha hecho dentro de mí, como la soledad y el desconsuelo.

CRÓNICAS COTIDIANAS

LO INMUTABLE

La conversación parecía querer ajustarse a cuestiones filosóficas.

Se tiraban en la mesa nombres como los de Kant, Nietzsche, Dewey, se recurría en el tiempo a los Maquiavelo, Aristóteles y hasta Pitágoras. Se trataba de emular a Freud, se debatía Berkeley (tan afecto siempre Borges a nombrarlo), y así una lista interminable que cada uno presumía conocer.

En el rincón de la mesa, calladito, Felipe (que de filosofía no entiende ni j, pero que la viene peleando duro para comer desde chico), por un momento intentó decir algo pero no encontró lugar.

Los intelectuales —que, como dice la canción, nunca chaparon un ladrillo, ni saben lo que son los ruidos de las fábricas y que si te distraés un instante perdés un dedo o una mano— seguían prodigándose en teorías hasta que, de pronto se produjo un bache en la charla.

Creo que la realidad les llegó al cuello y se instaló un instante la atención en las botellas y en los pocillos y ahí encontró Felipe su espacio para hablar, porque sólo quien conoce la realidad y la padece, tiene la palabra cuando llega el momento de llamar a las cosas por su nombre.

Con su vocecita pequeña, carraspeando y tocándose la nariz en un inconfundible tic de nerviosismo, dijo:

—Ustedes se la pasan por la alturas —marcando bien las eses que él muchas veces no pronuncia, para darle nivel a sus palabras—. ¿Por qué no bajan un poquito y hablan de lo inmutable?

Todos lo miraron perplejos, con signos de pregunta no exentos de cierto grado de ironía, como diciendo: ¿y este pibe de qué la va ahora?

Uno de los teóricos le espetó:

—¿Y vos vas a hablar de lo inmutable?

Felipe, medio que se achicó, parecía que se había guarecido en las sogas de su rincón, pero pudo reaccionar y tiró un gancho de respuesta:

—Sí, ¿por qué no?

Todos se volvieron hacia el muchacho de barrio que asintiendo con su tic y casi tapándose la boca, largó el discurso:

—No se vayan a creer que voy a tener teorías como las de ustedes, no, ni mucho menos, pero sería bueno que un tipo como yo y no otro de un gomerazo, los haga bajar un poquito, bajar digo, a la realidad de lo inmutable.

«Ustedes creen que voy a decir algo sobre el universo, la historia de la filosofía... No, para nada...

«Lo inmutable, señores (adquiriendo solemnidad en su voz), es que yo fui pobre y lo sigo siendo. Eso es un ejemplo de inmutabilidad (lo dijo trastabillando en el largo de los sonidos). Los políticos, desde Roca —el general que hizo mierda a los indios— hasta los del presente, llegan a la función sin un mango (algunos), y en un par de añitos, ya no se juntan con la gente del barrio que los vio nacer; no... se los ve en las fotos bailando en «Punta» como dicen ellos...

«Miren, una vez me encontré con un amigo del rioba que andaba en bicicleta porque estudiaba cuando yo ya tenía una motoneta. Yo sigo en moto ahora y él, pasó el otro día en un auto que parecía de otro planeta. Le dije:

«—Chau atorrante —y me recriminó:

«— Eh... ahora soy... de la Nación.

«Ahí tienen otra ley inmutable, la del piojo resucitado. ¿Quieren más ejemplos?»

Los demás, atónitos, tenían clausurada la palabra. Felipe siguió diciendo, ya que estaba embalado:

—La Iglesia viene desde hace tiempo recordando que los platos rotos no tienen que pagarlos los carenciados y como siempre, los que tienen plata, muchos que se persignan y santiguan, van a misa todos los domingos, se hacen los distraídos, como si las pastorales fueran sólo para unos y no para los que manejan la guita...

«Y eso viene desde siempre; se escucha lo que conviene. Lo que llama la atención de la conciencia, lo que debe hacer pensar en el prójimo, se deja para más adelante... y ahí tienen otra posición «inmutable» de muchos... (esta vez, afirmado en la verdad de lo que había dicho, la palabra le salió segura).

Todos quedaron abochornados, pero el mismo Felipe salió con un chiste para descongelarles la cara.

EL AMOR DE GERMÁN

*a Oscar Carnevale
verdadero autor de la siguiente historia*

Como en todo barrio, le compramos a Germán porque la suya es la verdulería más cercana, no por su excelencia de calidad (que no es tal), su pulcritud (que es todo lo contrario), ni por su estética (se da de patadas con ella).

Y he conjugado en presente porque así era según los ciclos de su dueño, ya que se podría hablar en pasado y nuevamente en presente.

Queda a la vuelta de mi casa y lo conozco desde siempre.

—¡Chau Albertito...! —me sigue diciendo a pesar de mis cuarenta, pero como me vio crecer, sigo siendo el Albertito de cuando él era todavía un muchachón. Ahora tendrá unos cincuenta y pico, dos o tres hijos en la edad del pavo, la «jermu» (según él), no le cocina y su desaliño (podría hablar de la pinta de reo que tiene-tenía), es secular en la zona. Ojotas que exhiben uñas no precisamente cuidadas, pantalón con más manchas que color original, camisa que alguna vez debe haber sido blanca con apenas un botón prendido a la altura del ombligo que debe ser lo único que no se le ve de su panzota.

La barba como la de los presos en las fotos, legañas de varios días, pelo alborotado (*peleado con el peine* decía mi abuela), y la verdulería de mosaicos blancos y negros, agrisada por la tierra de bolsas de papas y sembrada de cáscaras de todo tipo que muy de cuando en cuando pateaba hacia la vereda (escoba no tiene-tenía).

El mostrador, pintado por Nabucodonosor en el año 800 a.C. (pareciera), presenta chinches con restos de papelitos, carteles de baile de carnaval del '62 con Rosamel Araya, una foto de

Sandro cuando cantaba con Los de Fuego en el Francés, Angelito Labruna en cuclillas, con un dedo apoyado en el césped, un cartel de no se fía que ni se lee, Gardel vestido de gaucho con la boca abierta y con una guitarra (haciendo como si supiera tocar), telarañas, rejas fabricadas por los egipcios y el cartel de la fachada rezando “Verdulería”, inescrutable (diría J.L.B.).

Me parece que se me fue la mano con el preámbulo, pero lo mismo pasa en la escuela, al preámbulo se lo saben de memoria y a la constitución —que debería escribir con mayúsculas—, la han leído los menos y de esos, menos todavía la respetan; pero debía situar bien el cachivache que es/era el negocio “del Germán”, así pronunciado por algunos.

Pero he allí donde ocurre la sorpresa. Hace unos días, paso por delante, le digo:

—¡Chau! (distráidamente), y cuando llego a la esquina, recapacito, me vuelvo y me pongo frente a Germán, paradito en la puerta.

La imagen me confunde. La mortecina luz que salía de esa catacumba que era su boliche, se ha trocado en una luminaria espectacular. Los pisos han recobrado ese tablero de ajedrez original. Paredes blanqueadas, cajones ordenados, algún cartelito nuevo pintado —que no alcanzo a leer en la zozobra de creer que se trata de un sueño—, es lo que veo al asomarme.

Y sobre todo Germán. No se lo pueden imaginar. Otro.

Simplemente otro. Camisa limpia y toda abrochada, *timbos* lustrados, *talompa* con raya, manos limpias, peinadito con *jopo* y hasta un delantal impecable. Un cirujano, propiamente.

Siento que mi cuerpo se va para adelante con la intención de preguntar: “¿Qué pasa?”, pero justo entran dos clientas y me cortan.

Doy media vuelta prometiéndome volver al regreso del centro. Hago mis compras con la idea fija de hablar seriamente con él (pensé en algún mal que lo pudiera aquejar), llego —confieso que preocupado— y le tiro la pregunta. Me dice que lo que pasa es que hay una vecina nueva *separadeti* (SIC), y que estem... (yo le entiendo bien ese argot), así que le dije:

—¡Qué bien, che! El cambio te vino de periquete, sos otro.

Él aduce que como su *jermu* no le da bolilla, le cocina mal, esta señora lo ha invitado un par de veces y es otra cosa, le ha hecho comidas de película.

Le pregunto:

—¿Tu mujer no vive aquí cerca? —y me contesta que como no va nunca al negocio, “no hay drama”.

Le hago unos mínimos halagos por el lugar, agradece, comenta que a esta mujer la surte *gratarola* por los chicos, me hace el mismo cuento que la mina le hizo a él, el eterno de que el *dorima* no le pasa una moneda; hablamos, como es de rigor, un rato de Central y me voy a casa.

Días después, paso de nuevo por el negocio (ahora se puede llamar así), lo encuentro solo y entro. Hablamos de bueyes perdidos pero al cabo de un rato Germán me larga su drama:

—Vos sabés, Alberto —ahora me trata de adulto, duda en continuar y como le pregunto qué iba a decir, prosigue: —...lo d’esta mina (ya no señora), primero fueron las cosas de acá, ¿viste? Pero un día me pidió un diez, al día siguiente de nuevo, así que se hizo costumbre un diez todos los días, religiosamente... Hasta ahí me la banco, pero ayer me dijo que “necesitaba cien”, contándome las cosas de la escuela de los chicos... guardapolvos... la “verdá”... no sé, se me está poniendo salado... un diez (se encogió de hombros) ...¡pero cien!...

—¿Se los diste? —pregunté.

—Claro, con todo lo que me dijo... no pude negár-selo. Aparte, no sé si sabrás porque no se lo conté a nadie pero... este... viste... de tarde y alguna que otra noche también ando por ahí.

—¿Y...? —lo saben todos, tenía ganas de decirle, pero no se lo dije y me dispuse a escuchar un secreto.

—Viste... la mina está bien, es buena, es linda, me recibe... y vos me entendés, ¿no?

Yo asentí —quién puede pensar que se puede ir a visitar a una mujer para rezar el rosario.

Como colofón, me confesó que tenía que pensarlo y la decisión se empezó a ver al día siguiente nomás.

Como en un ciclo fatal, apareció de nuevo la barba, el pelo desordenado. No necesité preguntar nada. Cuando en el barrio se comentó que había cortado con...:

—¿Viste esa señora con dos chicos que viven en la casa que era de doña Clarita...? —el semblante y el negocio ya daban muestras de que Germán no se preparaba para nadie.

Pasaron unos quince días y otra vez lo vi peinado.
Adiviné de lejos que seguía el periplo amoroso y cuando pasé le dije bajito:
—Chau, Germán, ¿cómo andás...? —y me contestó desde adentro:
—¡Chau, Albertito! —y siguió silbando.

EL VIAJE

El ómnibus toma velocidad, se detiene en un semáforo, reinicia la marcha, vuelve a disminuirla, pasa un badén. El observador verifica que se trata de un rosario lo que se ve de lejos y está colgado en el retrovisor y se mece con el andar. Un rosario de cuentas blancas, abalorios.

En el vehículo viajan hombres, mujeres, niños propios y ajenos.

Al subir, cada uno mira a los demás buscando identificar un rostro conocido, ya que el destino es el mismo.

Ahora creo firmemente que es así, porque los habitantes de las grandes ciudades son tan anónimos que, aún siendo vecinos, no se conocen.

Así que cada quien se acomoda en su lugar, extrae de entre sus bártulos una revista o un libro; otro se recuesta y cierra los ojos, una chica allá, apenas en el asiento, se coloca los auriculares de la pequeña radio en las orejas y se va con lo que está escuchando.

Al costado viaja una pareja que parecen ser de mieleros, los han despedido y se acurrucan uno junto al otro, se besan y acarician todo el tiempo. Como contraste, un matrimonio maduro ni se habla ni se mira. La mujer se ha dormido ni bien se sentó; el hombre, caladas sus gafas sobre la punta de la nariz, lee un diario con titulares escuetos y secos que sólo titulan (que no inducen a pensar nada, no contienen ironía ni trabajo alguno, títulos que son parte del texto de abajo, sin vis cómica ni más que: “Se mantiene el precio de la soja en Chicago”, noticia apenas del resto. En cambio, en otros diarios, los títulos son buscados por una nueva estirpe de periodistas creativos, tipos que no sé quiénes serán, pero los titulares: “En la casa de George”, “Albamonte tentado”, “Oye mi canto”, “Servini en suspenso”, ya valdrían un buen aumento de sueldo).

Mas acá, hay un grupo de mujeres que se hablan todo a pesar de que el acompañante de una de ellas intenta leer un libro sobre Marguerite Duras.

Empezado el viaje, la gente se levanta y comienza a circular rumbo al baño, a buscar café, agua, a tomar “algo”, como dicen los chicos. El hecho estriba en levantarse.

El observador “observa para describir”.

El café sabe a metal, el jugo está aguado y tal vez muchos de los pasajeros piensen que el colectivo salió atrasado, lo que significa que para llegar a horario habrá que apurarse luego y circular a una velocidad más allá de lo aconsejable (pero que de todas maneras nadie controla), con los riesgos que implica, más todavía en un día de lluvia como hoy. El TV prometido en

ventanilla con una película plácida no funciona o pasan una de torturas, por lo que sólo algunos disfrutan y uno advierte que se proyectan en el victimario o en la víctima.

Los que quieren, no pueden leer porque el sonido es alto o está demasiado cerca.

Los padres deben taparle la visión a sus niños para que no vean los horrores que el filme muestra.

Unos chicos han pedido que sea en castellano porque no pueden leer esa letrita lejana y movediza. Por lo tanto, han puesto una de un campo de concentración nazi, en inglés.

Del baño vienen hacia adelante olores de toda especie que el memorar ya produce náuseas.

En el micro viajan algunos hombres y mujeres que —después se verá— andan juntos. Mujeres gordas, niños flacos, rostros resignados en los mayores, tristes en los pequeños.

Alguien abre una ventanilla que tiene sobre sí, pero el frío y la lluvia les da a los que están atrás, quienes protestan airadamente y nunca mejor aplicado al caso la palabra «aire» porque se quejan del aire.

La diversidad de las vestimentas establece parámetros sociales y económico-culturales. Hay quienes visten sport, lucen clase media y el grupo que se descubre luego “andan juntos”, son notoriamente pobres, sus rostros y el color de piel pautan aridez y no cuna de algodones, más bien parecen nacidos en camastros duros que forjaron sus largos dedos con uñas largas también, como para defenderse de los de uñas pulidas y barnizadas por manicuras.

Entre los que viajan, más que los permisos para pasar, los saludos, gentilezas o torpezas cometidas, más que todo eso, está lo no dicho, lo que piensan unos de otros.

La mirada fría y apacible de esos hombres oscuros que parecen salidos de los magníficos dibujos de Carpani, lampiños, con apenas un bigote finito sobre los labios, los “chinos” nuestros, de las películas viejas, aindiados, los desposeídos de nuestra Argentina, víctimas del Chagas, con hijos colgando mocos, pómulos altos, cachetes chupados; ellos creen que en la Capital, bandeada de hombres del interior, van a encontrar buenos aires.

Todos, piensan y callan más de lo que dicen. No disimulan, sólo están callados.

En cambio, otros que hablan, sí ocultan, —ocultan historias, miedos—. Se intercambian miradas de aprobación o de rechazo.

El observador, por su parte, se relata a sí mismo.

Hay mujeres que cuidan su peinado, otras desgreñadas duermen sobre un acompañante, conocido o no, que las soporta o las trata de apartar con suavidad unas veces, otras despertándolas.

El de pullover rojo y vaquero escribe algo en papeles sueltos que tiene dentro de un libro, alternando escritura con lectura, pareciera estar tomando apuntes de lo que lee.

La que censura el cigarrillo del de pullover rojo, apoya su zapato sobre el apoyabrazos del asiento delantero; lo que en buen romance puede leerse que su queja por el humo no se la aplica a sí misma por la molestia que le causa al silencioso y paciente ocupante del asiento de adelante, a quien seguramente habrá de tocar o peor aún, le ensuciará la camisa, amén de no cesar de hablar.

La madre de dos chiquitos muy simpáticos que están sentados juntos en un mismo asiento, no les pone límites y como sin cerco, hasta las piedras cambian de lugar, es de imaginar dos chicos intentando correr por el pasillo de un ómnibus, sirviéndose solos, café, jugo, yendo al baño, etc. El padre de los chicos parece haber delegado absolutamente en su mujer el rol de ogro (que ella tampoco asume) y elegido no ponerles límite alguno, tampoco él, manteniéndose mutis y escribiendo o describiendo el viaje con su escritura.

La mujer que no para de hablar y hablar, le hace gestos con la mano al que fuma allá atrás (donde se ha ido para molestar lo menos posible a la mujer que le irrita el humo) y con su índice y mayor juntos se los apoya y separa de los labios. El que fuma (sabiendo que no es para pedirle un pucho), le ofrece desde lejos un cigarrillo. Ella dice no con movimientos de su cabeza y él, aviniéndose a ser un caballero, le pregunta si le molesta y ella asiente. Él entonces cierra la puerta del compartimento y piensa que esa mujer debería viajar sola, en una ambulancia con carpa de oxígeno o en una cápsula aséptica como pretendía Howard Huges.

Al fin esa mujer pulsionó la escritura y el de pullover rojo se entretuvo escribiendo esto, sin conocer el nombre de ningún pasajero, describiendo sus apariencias, sus conductas.

Si otro escribiera, tampoco podría llamarlo por su nombre a él, también desconocido.

DOS MUNDOS

Uno se puede colocar en cualesquiera de ellos, elegir.

Está el vociferante, ligero de andares raudos y alocados por donde circulan autos y motos conducidos por hombres y mujeres que corren prestos y ensimismados, pensando en lo que van a hacer o en lo que hicieron antes. Aprietan el acelerador, miran ansiosos los semáforos, pican apenas se pone amarillo para el otro lado. Rostros de ceños fruncidos, miradas perdidas. De pechos latiendo a un ritmo más acelerado que el normal, reclinados tensamente, con un brazo apoyado en la puerta izquierda o tamborileando sobre el techo con sus dedos, a la sombra de sus autos nuevos y veloces, en pos de la ilusión falsa de que apurándose se van a trepar más pronto al centro del mundo.

Se van a subir...; ¡los van a subir a un féretro después del ataque cardíaco! Y ahí van, estacionando en los garajes o subiendo a cocheras por espirales de cemento y señales de: «PASE-ENTRE-AUTO SALIENDO». Revisión de puertas, olvido de papeles, filas para los tickets; para apresurados, entrada a lugares cuyas puertas se abren solas, con custodios uniformados o disimulados, todos presurosos; mostradores, saludos mudos, palabras cortas, un pulso que se advierte en las muñecas de la gente que a cada momento mira la hora, especula si llega o no a tal parte, que busca un teléfono, sale de una oficina y entra a otra, murmura insultos y volverá a su casa de noche, sin advertir la curva que ha descrito el sol durante el día.

Se perderá el atardecer, no habrá mirado ni una sola vez hacia lo alto, hacia el cielo. Ni siquiera por encima de los edificios donde estuvo y en muchos de los cuales hay hermosos frontispicios, mascarones, esculturas, techos de diverso estilo y gusto, arquitectura hecha para ser vista pero no por los aviones, sino por la gente y también para quienes se la pierden.

Y el otro mundo, ahí nomás, entre esas dos vías rápidas, aunque a veces haya unas motos policiales con un supuesto radar que mide las velocidades del mundo anterior sin lograr amilanar a los apurados.

Pero en este otro mundo, donde hombres mayores o ancianos juegan a las bochas, parece haber un micro-clima.

No corren. Charlan... se concentran, ríen, arriman o bochean. Clavan en el marcador los puntajes, punzan la cancha y sobre ese pedacito pasan las zapatillas en cruz y la dejan nuevamente lisa.

Hombres de manos grandes, jubilados de tareas en las que las usaron, rostros arrugados, gorras, Don José de aquí, Paco de allá. ¡Buena, Antonio!

—Por la banda despacito, Cacho.

Miradas concentradas en la bocha que rueda.

Cuerpos que parecen conducir con su contoneo el destino de la madera salida de su gesto.

Dedos que quedan vacíos en el aire manteniendo el ademán, miradas que se fijan en la distancia del bochín, voces que ruegan que se acerque más, alguno que quedó lejos torciéndose la gorra mientras se echa una puteadita, una de esas antiguas vio, como *La pucha...* o *¡Qué lo*

tiró...!, o alguna más actual: *la reputísima...* (las demás, en voz tan baja que no alcanzo a identificar a la mentada).

Dos mundos paralelos, intercalados uno con otro.

Por allá, un gordito que viene *tirando los bofes*, como se decía antes, creyendo que con ese trotecito, todo vestidito de blanco, va a dejar de ser el gordazo que está destinado a ser si no deja de *morfar*.

Dentro del alambrado de la cancha de no sé qué, un profesor que se desgañita tratando que los quince o veinte pibes que están con él, le den un poco de bola.

Nosotros, digo... Facundo (8) y yo (43), sentados en este durmiente a la vera de la cancha de bochas (y pongo la edad porque parece que ahora la de la gente del *jet-set*, va antes o después de aparecer en las sociales, aunque terminan saliendo en las policiales de los diarios).

Decía, antes de la digresión, que cuando nosotros tomamos sol, participamos de una temporalidad diferente, junto con esos viejitos hermosos y a espaldas de quienes están en el tiempo veloz.

Saco un “faso”, miro a una rubia paseando con su perro aunque en verdad es al revés porque ella parece una banderita de la correa y el enorme can va adonde se le canta; un viejo petisito y canoso —no sé cómo hizo para cruzar con su bici la vía que conduce al *trocen*—, porque casi no mueve las piernas —va tan lento que apenas mantiene el equilibrio—, llega, desmonta tranquilamente, apoya su dos ruedas sobre el árbol grande (antes había ya dicho un ¡Buenas!, alguno respondió y otro ni escuchó); saca del portaequipaje una franela, espera un rato y entra a jugar con otro de nariz rojiza y boina negra. Le pasa ese trapo a cada bocha tomada en sus manos —se nota que no se puede agachar mucho así que apenas se inclina—, tira y parece como si corriera la bocha para acompañarla y ayudarla a acercarse a su mejor destino.

Verano, 1992

CONducIR

Es mejor usar el infinitivo del verbo, porque permite variantes o variables diferentes y no digo “manejar” que es otra cosa.

Hablo de conducir un vehículo (con perdón de la palabra, decía Catita), manejar un automóvil, una moto, motoneta, bici o cualquier engendro que circula o que “anda” por la vía pública.

Hoy se me ocurrió esto, al conducir mi auto y pensar en todo lo que se puede decir de quienes manejamos.

Por ejemplo: yo asumo que manejo bien. (Esto no es inmodestia, sino sentido común.)

Hay gente que apenas maneja para “pueblo” (pueblo abandonado digo), porque una ciudad es una ciudad y un pueblo es un pueblo, aunque en ambos se debería tener un mismo criterio.

Veamos, por ejemplo, algo que nos pasa a todos: venimos de un viaje o vamos; pero en general es cuando venimos.

Anduvimos a ochenta, cien o más, según los tramos. Ingresamos a la *city* y lo olvidamos; seguimos como en la ruta y hacemos cag... macanas, digo.

Pero el detonante de la escritura es otro, es lo ocurrido hoy. El colectivo —que en otros lugares llaman ómnibus, micro; en Cuba guaguas y así una serie infinita de nombres según el lugar del continente o mundo donde nos encontremos— de hoy parece que andaba adelantado y se movía como una tortuga, y no precisamente como la de la fábula con la liebre sino una tortuga común, que para hacer un metro demora una hora y he aquí que al solicitarle paso, primero con las luces altas para preservar el silencio y luego con estruendosos bocinazos combinados entre la grave y la aguda, le pedí paso.

El buen señor, no sólo no me lo concedió sino que debí pasarlo por la derecha e por incumplir con una de las leyes primarias y elementales del tráfico urbano. De no haberla violado, no sé si estaría en este momento escribiendo estas consideraciones o todavía esperando que el colectivero, quien circulaba por Montevideo de Oeste a Este, brindara su apoyo al ordenamiento del tráfico. La cuestión fue ésa, simplemente.

La pulsión que le dicen, vio. Pero, como después de la pulsión, viene el acto y luego la reflexión, entré a pensar en cuántas cosas se pueden decir desde la escritura al tráfico; ya que la Kristeva, el fulano y otros hablan de los cruces, nada mejor que el tránsito para ilustrar el tema.

Ni hablemos de los tradicionales taxistas que por suerte no leen a Kristeva y hacen de las suyas, como por ejemplo, andar sin pasajeros, a toda velocidad, por la izquierda, todo lo cual les resta posibilidades de “levantar” un pasajero que cuando advierte que está vacío, ya pasó.

O los mismos “servidores públicos” quienes en espera de un pasajero, hacen interminables filas en esquinas inverosímiles como la de Mendoza y San Martín, atorando el tráfico, insultándose y demás, sin privarse de estar al divino botón —lo cual queda más fino que decir hablando *al pedo*—, diciéndole piropos de mal gusto a cuanta *chiruzza* pasa, en lugar de estar buscando el mango donde hace falta su servicio.

Paro con los tacheros. Porque no faltará algún arquitecto que maneje un taxi, lea esto, me odie, trasmita la mala onda y deba guarecerme de las multitudinarias manifestaciones de las que son capaces en lugar de atender muy bien a sus clientes, llevando un termo de café para convidar, por qué no una cañita, un whisky o una ginebra, sin hablar de un buen té para decirle a su pasajero:

—Son las five o'clock tea, ¿desea la Señora beber uno? —con lo cual se consumiría una excelencia de atención, de la que tanto carecemos los humanos de parte del prójimo y hacia él.

—¡¡Ojála sea!! —dijo Arturito.

Pero no es justo hacer de un gremio el punto de la cosa.

A la tarde, me acerco a Corrientes y Mendoza, circulando hacia el Este, en procura de alcanzar a horario a mi electricista. Cuando llego a dicho cruce, veo a un simpático “viejecillo” con gafas y sombrero, el buen hombre, sin mirar para nada el rojo, cruza viendo las palomas que vuelan, lo que advierto porque mi acompañante me ilustra así:

—Pooobre, estaba mirando el vuelo de los pájaros.

Claro, aprieto un poco más fuerte el volante —sin la esperanza de ser alguna vez “viejito” así, porque creo que no llego— y me digo a mí mismo:

—Qué le vas a hacer —y sigo mi ruta.

Lo que ocurre es que si llegás a tirar a la mierda a un anciano o a quien sea, te convertís automáticamente en un hijo de puta y él en “víctima”.

Tal como hay “zorros” para conductores, propongo que haya también para transeúntes e ilustren en qué momento cruzar y en cuál esperar que se ponga verde de su lado.

Si no, al reverendo *cuete* están los bichos de colores que no quiero nombrar porque por más que los conductores buenos o malos los respeten, si los caminantes no lo hacen, podemos ponernos una venda todos y hacernos mierda o seguir el correr de nuestro destino sin dirección en las calles, ni frenos, ni luces, ni bocinas, ni sendas peatonales (que faltan muchas, dicho sea de paso), etc., etc., que quiere decir *et sic de coeteris* o “y así lo demás”, del latín.

No sólo el signo sino la palabra. Punto.

Y pasemos a los del verbo conducir propiamente: he chocado por mirar unas buenas piernas, la hora, la agenda y muchas otras cosas.

Las mujeres, a quienes tanto les achacamos, por ejemplo, piensan que el espejo retrovisor de adentro del auto es para mirarse si no se les ha corrido el *rimmel* o si el *rouge* no les ha pintado los dientes.

Por si no lo saben, para eso no es.

Los hombres —para que las féminas no crean que este es un escrito machista— también chocamos pero por otros motivos. Y desgraciadamente, también ellas tienen la culpa, porque chocamos por mirarles las patas a algunas yeguas humanas a las que aunque sean un palito con minifaldas, las desvestimos con la mirada. Si no tienen una mini, tienen otra cosa. Pechuga, lomo, glúteos, buen andar, un *tujen* bárbaro, unas gomas terribles, un pelo largo, maravilloso...

Elocuente prueba de lo dicho es que siendo las mujeres conductoras, un porcentaje menor que el de hombres, estadísticamente superan en gran porcentaje los accidentes, a pesar de que ellas manejan más despacio, toman bien el volante con las dos manos y no se hacen las cancheras como nosotros; no manejan en curda

—porque nos toca a nosotros manejar cuando ambos estamos pasados de copas.

Veamos por ejemplo la conversación de dos mujeres, señoras o señoritas (excluyo las *pendex* porque de ellas no se puede decir lo mismo, son bien machitos para conducir y para putear). Van hablando de Juanita y Fulanita pero de repente, pasa una mina por la vereda con un tapado jaguar y una le dice a la otra:

—¿Viste esa antigua con un jaguar?

La que venía al volante se lo perdió por estar un instante atenta al tránsito, pero víctima de sí misma, de su condición, responde:

—¿Cuál?!

La amiga le indica y ahí se va todo a la mismísima...

A los hombres, nos pasa que por culpa de las diferentes partes de ellas, chocamos a cada rato. Chicas, usen sotana, si no, quién nos libera.

La que hace un instante miraba la calle al volante, busca desesperada con sus ojos a través de todos los espejos ver a la “ridícula” y si no choca es porque los niños y las mujeres manejando, tienen un Dios aparte. Nosotros, compañía de seguros que garpamos mensualmente.

AL FINAL DEL DÍA

Cuando uno llega el final del día... uno se pregunta tantas cosas.

Se ha levantado temprano, desayunó e hizo ejercicios, tomó mate o salió volando para llegar al trabajo.

Cuando se pasaron las peripecias del colectivo que no paró y uno debe tomar un taxi (que los días feos escasean, por lo menos en este rincón del mundo), no hay cambio (siempre falta), con buena o mala fe, depende de cómo se lo mire (o sea mirado por), ese hombre, quien al igual que cualquiera, tiene “su final del día”.

Quedó trabajo del día anterior y hay que acomodar, escribir, hacer resúmenes o cuentas. Se ha ido a dar clases y lidiado con chicos que no han estudiado o estudian poco (uno piensa cuánto estudian los de uno... ¿no?).

Se es jefe o se tiene un jefe y del carácter de uno y otro depende una jornada con buena cara o mala (según hayan sido las ventas, la producción, las noticias, las deudas, entre otras cosas).

Cuando se pasa a buscar a los hijos y uno charla con alguien y le da sus ondas y recibe las del otro.

Y las ondas son de todos los colores o niveles (aunque por estos tiempos predominan las pálidas).

Una que otra vez, salir con los chicos a la plaza, al club, supervisar sus tareas —que antes se llamaban deberes y ahora el lenguaje mismo lo convierte como decía, don Jaime Barilko, en algo light y deja de tener la connotación obligada que impone la palabra “deber”, para convertirse en tarea— ... dicho apenas, casi llegando en el silencio de la “a” alargada y como diciendo: si querés lo hacés. Este es un tema de terror hoy en día.

Uno, que sin ser militar, quiere que los chicos estudien con *tutti* porque la ven y algunas mamás o papás, que alegan que ahora las cosas son así, que tiene que ser un placer y no un deber. Que “pobrecitos los chicos”, que “escribir tres renglones es bastante porque tiene seis años” (pero para irse a jugar solo tiene casi siete)... y tiene que ir manejándose solo... y su hermano a esa edad iba y venía de tal o cual lugar solito... que «ya llegó a leer toda una página»... “dejá que juegue... que vengan los amiguitos, que vaya a la práctica”. Todo sí, nada no.

Hacer la comida uno u otro de la pareja, porque el compañero está trabajando, sea mediodía o noche, la merienda, la gente que corre para volver a su casa en colectivos atestados, el tráfico que ya es igual al porteño pero peor porque aquí se maneja mal y se pretende ir por callejuelas, tal el caso de San Lorenzo como si se estuviera en una gran avenida de la capital.

Y uno llega, se encuentra con que no ha podido pagar la cuenta del gas, debe el seguro, vence la cuota del lavarropas, se quemó la bombita del palier, la ropa está sin planchar porque la mamá no pudo hacer todo y hay que lavar las zapatillas de los chicos y se acercan los tiempos de los guardapolvos y uno quiere que sus hijos además de escuchar música a todo volumen lean y se pregunta de qué le ha servido a uno leer todo lo que ha leído si hoy el

“triunfo” pasa por una marca de vaquero o de zapatillas y los juguetes se amontonan por toda la casa, los libros ya no hay dónde ponerlos, se va llegando al final del día y uno toma un libro, pone una música suave —Vivaldi, por decir alguna—, debe poner cara de serio para que los demás le cedan un pequeño rato para fumarse un cigarrillo mirando por la ventana las estrellas de la noche, para poder escribir y preguntarse por la existencia, por el valor de la palabra luchando contra la molición de la imagen que trae el paquete con moño desde el televisor; y un país, un autista o un perro, miran la TV (como le dicen), se estupidizan aún más con las estupideces, se atemorizan aún más con las imágenes de horror de todas las pequeñas y grandes guerras actuales o memoradas por las películas y hasta de las futuras guerras que los Spielberg se han ocupado de inventar, a priori, para los años 2050 o por ahí, uno apaga el pucho, prepara el despertador *a la hora señalada* pero sin Gary Cooper, sino en el horario que hay que levantarse al día siguiente, el siguiente y otro más durante el resto del tiempo y ni pensar en jubilarme porque es como pensar en condena a muerte, así que es preferible seguir con esto de perpetua con trabajo forzado, mientras el bobo aguante y uno desista de seguir diciendo cosas dirigidas a nadie o a todos y disponer que ha llegado, por fin, al final del día.

DESPEDIDAS

Hay toda suerte de despedidas. Despedidas de amigos, de amores, de lugares; pero uno aprende esto de cómo son las despedidas, después de muchas de ellas.

No quisiera que resultara lastimero, pero un texto sobre este tema, muchas veces lo es.

Veamos: un hombre y una mujer que se aman deben despedirse y ese andén o puerto deja sabores indelebles, memorias para ambos.

Uno de ellos parte, el otro queda, pero lo común en ambos es que los dos vuelven a sus soledades.

La despedida en sí misma, como acto es tremenda, porque se retoma la soledad.

Un amigo se va, se va de viaje y uno quiere que vuelva para la soledad de uno, aunque sepa que le conviene irse y no volver; a lo sumo, preparar el regreso, escribir cartas, describirse el país, medir cada palabra para que los hechos no se conviertan en amenazas al ser leídos.

Recordar en la palabra, referir vidas, trabajos, amigos, viajes, locuras y saber en lo íntimo —ese fuero inexpresable—, que ese amigo no volverá.

Otro, mayor, un amigo grande que ha muerto: hoy fui a saludar a su familia porque con él ya nos habíamos despedido hace un tiempo (una noche que estuve en su casa y carentes de la tradicional ginebra que nos debíamos, destapamos una cerveza, brindamos y al cabo de un rato nos dijimos «hasta la próxima»), sabiendo ambos que no habría próxima, que ésa era la última copa que tomábamos juntos.

No sé por qué, pero muchas veces he sabido cuándo era la última vez que me veía con algunas personas. Y no fueron necesarias las palabras. Me acuerdo perfectamente del último abrazo con Orlando¹, allá en Zavalla, una tarde en casa de Rubén.

No sé si hay un gesto, un rictus o una sensación, pero algo me lo dice.

También me pasó con Justo. Una tarde lloré cuando él aún vivía, porque sentí que ésa iba a ser la última vez que lo vería. Así fue.

Y esto no es nada literario, aunque tal vez haya un cuento de Papini o de London recopilado por Borges en el que algún personaje se da cuenta de estas mismas cosas que me estoy dando cuenta ahora.

Sin ir más lejos, una vez lo miré a “Chilo” con una mirada especial, supongo, porque él, desde su rudeza y con su elemental vocabulario, dijo:

—Mirá loco, dejá de pensar que te vas a morir porque te vas a terminar muriendo d'en serio.

Y eso lo dijo sin que yo insinuara nada al respecto, pero sí lo estaba pensando. Se nota que no importa el nivel cultural ni la riqueza de lenguaje ni roce alguno para ese sentimiento, esa sensibilidad de ver algo en el otro, o peor, de ver la muerte.

Creo que así como una vez, ya hace muchos años, pude bajar una cortina de memoria sobre Julie, a quien amé, hoy puedo escribir acerca de este tema que de alguna manera es como un escalón en las escaleras de la muerte de mis seres queridos. Sobre todo la de mi viejo, agujero si los hay, difícil de llenar, al decir de don Sigmund y creo que realmente es así.

Al escribir todas estas cosas, siento estar haciendo una catarsis que involucra al tema y permite que los dedos velozmente vayan describiendo la materia y las palabras, llenando el contenido del blanco, como si fueran niños que llenan una casa vacía con sus gritos, con sus llantos y sus ruidos, la completan y la alegran.

Letras que forman palabras, personajes que toman vida y conquistan los espacios que son como la muerte, hay que ir ocupándola con vida, mientras se pueda y cuando toque el turno, sin resistirse, sonreírle y silbando bajito, hacerle un guiño, un gesto de vamos, con la cabeza e irse, sin hacer bulla.

O retarla, como el caballero de Bergman en “El séptimo sello”, a un juego de ajedrez, o enamorarse de ella como el personaje de “All that jazz”, aprendiendo a encontrarle sus encantos.

Volviendo a las despedidas, quién no tiene en su haber una estación de trenes o de ómnibus, una esquina cualquiera en la que no haya dejado un pedazo de su alma al alejarse de quien no vuelve más, quedando en ese lugar un gesto detenido de mano en alto, como queriendo atrapar ese instante cuya fugacidad condena y cuya permanencia en la historia personal, graba una imagen imborrable.

De repente, estoy en la esquina de San Lorenzo y Sarmiento, miro hacia el lado del Savoy, allá en la otra cuadra y la vuelvo a ver a Ana, dándose vuelta a cada paso, saludando con su brazo en alto y yo quieto, disimulando el intento de saludar también con la mano a un paisaje solitario que reina en toda la calle, en esta madrugada como aquella, madrugadas en las que los adioses y las partidas están aún sonando en cada uno que los rememora.

PERSONAJES Y REFLEXIONES

EL PERSONAJE

Roberto Sutton escribe en soledad. Nunca creyó en otra cosa. Casi no duerme por considerar que es una pérdida de tiempo. Imagina constantemente. Imagina y piensa siempre. (Creo que va a enloquecer).

De todo lo que escucha, ve, se entera, hace *in mente*, una historia que algunas veces adquiere dimensión como para llevar al papel y otras se pierde entre innúmeras más que olvida o que no precisamente olvida, sino que pasa como hacia atrás —diría él—, al subconsciente. Atrás, dice y se señala los lóbulos del cerebelo, abajo de la nuca.

No puede sustraerse a esa necesidad. Todo lo hace en función de escribir. Vive historias, no por protagonismo, sino para después pasarlas al papel.

Construye personajes, acciones, diálogos, situaciones comunes y situaciones límites.

Se observa tanto a sí mismo para textualizar vivencias y sentimientos, que pierde contacto con su realidad de hombre, comenzando poco a poco por hacer la vida de sus personajes, convirtiendo su vida en la de ellos como para insuflarles un hálito veraz.

Se desprecia a sí mismo, porque dejar el “yo”, descuidarse, para vivir personajes, es como asesinar la personalidad y asumir cada minuto, cada día, toda la vida, situaciones que si bien él crea, una vez salidas de su máquina, ya no le pertenecen.

Es como crear un ser, pero en vez de fabricarlo con barro (su necesidad de omnipotencia), elaborarlo con letras, con una estructura mental, un lenguaje, una historia. Hacerlo crecer hasta que adquiera personalidad y después soltarlo, darle el soplo de vida con la palabra “FIN”.

El riesgo de escribir. A veces siente que Dios, al crear al hombre, se fue de sí mismo y no pudo volver a ser Él.

Al escritor le ocurre tal vez eso. Sus personajes adquieren vida. De pronto, se ve invadido por ese ser, obra de su imaginación, y a la vez que teme, también goza. El placer de ser algo así como el creador de sus personajes. Como un padre.

Pero, como a los dioses o a los padres, los hijos se les “van de la mano”. Quieren su propia vida. Y la toman. No aceptan ser siempre hijos y hombres. El hijo quiere ser padre, el hombre quiere crear, producir algo de la nada, engendrar.

Él tiene una “ventaja”, si así puede llamarse: la de ser consciente de ese sentir. Aunque ventaja no ha de ser, porque le produce angustia.

Crea angustia cada hijo de la imaginación al que trata de imponerle actitudes, a las que el personaje se rebela, trata de desprenderse. Ocurre como un desgarramiento. Un corte de cordón umbilical con su hacedor.

Entonces, el escritor comienza por perseguir a sus criaturas, trata de sumarse a ellos, seguirles los pasos y metérseles dentro.

Y eso sólo se hace viviendo sus vidas, sus historias, olvidando la vida común y corriente.

Ayudado por el insomnio y por el tiempo, se disfraza de sus protagonistas, sale por el mundo a ver cómo son los demás con ellos, cómo son ellos con los demás. Se disfraza, se pone sus máscaras.

Lo trágico sobreviene cuando las máscaras se le adhieren: por más que trate de zafarse no lo logra, no puede regresar a ser el escritor y queda supeditado a ser sólo un protagonista.

Cuando lo advierte, se debate entre la muerte de su *cuate* o la otra posibilidad: la de seguir viviendo como ser ficcional, olvidando al hombre y sus lazos con la realidad cotidiana.

Sutton, elige lo último.

Asumido el costo afectivo, siente cómo se van desprendiendo de su alrededor los seres queridos que como hombre tenía cerca y se va acercando cada vez más a la vida solitaria. En consecuencia, a la soledad total, ésa tan temida siempre, hasta que hizo conciencia de que se nace, vive y muere solo, aunque estuviera engañado muchos años, con la cobertura de los afectos simples.

En el Deuteronomio leemos (XXX, 19), “Yo invoco hoy por testigos a los cielos y a la tierra, de que os he propuesto la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Escoge la vida para que vivas, tú y tu descendencia... Elegirás la vida”. Eligió su vida. Y elegir la vida, para él, es optar por la soledad.

Los “suyos” no lo comprenden ni podrían hacerlo jamás.

La razón por la que no podrían comprenderlo es fácil de aclarar. Cada uno elige su vida, sin pensar que sea mejor o peor.

Sabe y reconoce casi como una culpa que eligió saber, por ejemplo, que en el paraíso no sólo estaba el árbol de la ciencia, del bien y del mal, sino que también estaba “el árbol de la vida”. ¿Con quién hablarlo? ¿Con los que van a las iglesias y tienen una Biblia en su casa, pero sus hojas aún están pegadas por el dorado de los bordes porque jamás la han leído, o si lo han hecho, se han quedado encerrados en lo textual sin dimensionar el carácter simbólico, lo intertextual, sin ubicarse en la época o en la intención de sus autores?

¿O con los que tiempo atrás pretendía hablar de política hasta que advirtió que tocaban de oído?

Cómo explicarle a la familia, a los amigos que van al fútbol o que leen revistas, que abrió ciertas puertas.

Insiste en ratificar que no son puertas mejores ni peores que otras, pero que son distintas.

Cómo explicarles que no se puede volver atrás.

Esto lleva a la soledad. Cómo decir que aunque no se haya comido de los frutos de ninguno de los árboles, al menos se sabe que no se trata solamente de árboles.

No se puede explicar. Son años puestos en la lectura.

Otra gente, por los motivos que sea, ha “invertido” su tiempo en ganar dinero, hacer una carrera, una empresa o en cualquier cosa.

Lo que ocurre —dice— es que tarde o temprano el hombre se pone a meditar acerca de sí mismo. Pero si ha estado toda la vida pensando en otras cosas, cuando quiere hacerlo, no puede.

A propósito de esto, siempre cita frases como: “*In solis sis tibi turba locis*” de Tibulo. Otras veces de Horacio, Terencio, Quintiliano, Persio y Séneca.

Claro, insiste en que pensar en uno, implica descubrir la soledad última.

Es como mirarse en un espejo interior, ver lo que se ha sido, lo que se es y lo que se será.

Es saberse caminando hacia la muerte. Y eso a muy pocos les gusta. Dice que ama la vida y que si la muerte es su consecuencia, ama también a la muerte.

No le creo del todo. No obstante vive como si no le importara vivir o morir. Disfruta de vivir, sí que lo hace.

Les decía antes, que siempre está de buen carácter, amable y simpático. (Me atrevería a contarles que me ha dicho que se siente feliz).

También ha confesado que esa soledad invasiva, temida al principio por el abandono de los “seres queridos”, ese aislamiento, era un problema de su hombre anterior.

Desde que se eligió como escritor, aunque podría haberse elegido corredor de autos o cualquier cosa que haga que un hombre se entregue con pasión, sublimando lo suyo, terminó por aceptar la soledad como su compañera.

Sutton me viene corriendo con las palabras en un inútil afán de privarme que cuente esta historia, porque no quiere permitir que uno de sus personajes lo descubra ante sus lectores.

REIVINDICACIÓN DE BEATRIZ

Qué diría si yo..., qué pensará de mí. Acaso diga sí. Pero es tan tímido.

Acaso tiene compromiso... Pero eso no me importa porque me gusta, me gustó siempre, desde aquella vez que vino a mi cumpleaños... lo recuerdo bien... cumplía nueve años: qué edad... qué sueños, qué ilusiones. Cómo iba a pensar entonces, lo que ahora sé que me espera.

No imagino, siquiera, si se dará cuenta qué siento, qué dicen mis miradas; aunque tal vez crea que no lo miro... si supiera cuánto pienso en él. Casi temo que me descubra. Aunque preferiría que fuera él quien haga la propuesta. Pero si así lo hiciera, ¿qué le respondería? Admitiría que esperaba la insinuación más mínima para ir a su encuentro donde me citara.

No sé... realmente no lo sé. Por otra parte, mi familia pretende que me case con Simón porque es rico, de mi clase. Sus padres son amigos de los míos.

A lo sumo, sin hacer locuras, puedo dejarle entrever algo, pero cómo, sin que parezca que estoy a su disposición.

Por otro lado, conozco cómo estoy y empeoro cada estación. El pasado invierno fue terrible.

Además de mis ojos, que lo vienen mirando desde lejos y esperan su paso para darle mi ser entero, qué decir, cómo buscar una conversación que vaya más allá de esta mía, íntima y secreta, dejada en un papel para que alguna vez, alguien o nadie, difunda o guarde y se haga polvo; una palabra que nos lleve adonde quisiera ir con él.

Estas especulaciones siempre las hicimos las mujeres y lo seguiremos haciendo hasta vaya a saber cuándo, quizás hasta cuando sólo sea un recuerdo para alguno.

Quizá, la estrategia a seguir sea la indiferencia. Si por ejemplo anduviera caminando con alguna de mis amigas —que sé cómo lo miran y buscan sus ojos y su salud—, al pasar delante de él, giraría la cabeza hacia el lado opuesto, demostrándole la diferencia que tengo con mi acompañante, quien lo está mirando y me ha hecho ya tres o cuatro comentarios sobre su atuendo, sobre las palomas de la fuente, sobre este paseo diario, sobre la ciudad, sobre esta ciudad en la que mi padre, Folco Portinari, es quien es; sobre lo que hace, sobre sus manos fuertes y su nariz tan particular, que daría rostro para un perfil de moneda.

Lo que escribe, no sé si lo redime o condena, pero dicen que él mismo se debate entre una profunda fe y lo profano. Tanto que su lectura oscila entre Virgilio y los escritos de los santos.

Desde mí, tengo que pensarlo bien, aunque esta carta, tal vez no llegue al porvenir (o el porvenir no exista), pero creo que tengo tomada una determinación.

¿Hará alguna obra importante?

Qué hermoso sería que escribiera algo sobre mí. ¿Lo mereceré? ¡Cómo me halagaría!

Pero el hecho simple de verme pasar por la Fuente de la Trinidad o de mirarme casi espiándome, creyendo que no lo veía —y a veces no lo veía realmente pero intuía su presencia detrás de un postigo o desde lejos, entre los árboles— da cuenta del interés que le despierto.

Y después, esos años que estuvo estudiando en Bolonia y Padua. Tanta ausencia, nunca una palabra... ¿qué hacer?

No sé de la importancia de los apellidos ni de las fortunas. Sólo entiendo que pensar en él, como lo hago, me hace latir fuerte el corazón. Pienso, espero y desespero por el deseo de que me hable.

Quisiera casarme con quien amo, porque lo amo, no por otro motivo.

Los dos nacimos y crecimos en esta ciudad. Este vínculo de silencio puede ser el prelude de una historia de amor; ¿por qué pasar por la vida sin tenerla?

Tal vez sea vanidoso pero que nadie te recuerde, que seas polvo en una tumba sin nombre, y no haya memoria que guarde tus rasgos. Un papel con tus palabras, tu nombre escrito, una memoria de tus gestos, que se sepa quién fuiste y sentiste, a quién amaste y odiaste, una memoria al fin, que guarde a tu muerte del olvido.

Que tu vida no sea en vano; aunque vos que me escribís, que estás ahí, con mi vida a tu disposición, siempre insistís en dejar apenas la huella de tu paso en las arenas, a la orilla de un mar lejano, para que las borre la primera ola.

Por qué obstinarse en eso. ¿Acaso no te interesa que otros lean lo que has escrito?

Desde aquí, mientras libro esta carta al futuro, hacia quien escribirá sobre mí, pulsiono a un ser que pondrá en conocimiento de otros cómo fue realmente la relación con él; miro la arquitectura de esta ciudad y comparo los edificios con los hombres.

Detrás de esas ventanas viven personas que, como yo, sufren, gozan, se muestran o esconden como él, pero los presiento como si los viera.

La inmensa mayoría pasará por la vida sin dejar un solo rastro y pocos, muy pocos quedarán. Alguien después, los tomará de personajes para sus escritos y les dará características sin respetar la verdad histórica de lo que fueron. Les asignará roles, pensamientos o palabras que tal vez nunca pronunciaron.

A vos que escribís, te pido que le hagás saber a la gente que todas las especulaciones que se han tejido, estuvieron de más. La realidad es que no voy a vivir lo suficiente como para brindarle una vida. Les daré gusto a mis padres. Prefiero que él crea que soy indiferente y no sacrificarlo en poco tiempo con mi despedida.

Pero también me gustaría que dijeras cuál es el mejor diálogo con el que he soñado. Es uno en el que le preguntaría:

—¿Por qué te enamora mi rostro?

Y él me contestaría:

—Dame la mano, Beatriz.

Y yo:

— Sí, Durante... —y juntos, abrazados, nos fuéramos caminando por la ciudad.

Beatriz Portinari
Firenze, 1286

EL CENTINELA

Hay una memoria efímera, que le impidió al relator escribir todo el argumento pensado o soñado, sólo una noche atrás. De modo que tomó la lapicera y dejó deslizar las palabras sobre la pulcritud del papel.

Como el que escribe es una suerte de profanador de la pureza de ese blanco, y en él mismo estaba la historia, la memoria duradera fue fluyendo a medida que las palabras ocupaban líneas.

La historia o sueño, no pasó de ser una cuestión personal, pensó. La decisión que adopta el personaje, hace de la anécdota algo escribible.

El protagonista es un hombre de cuarenta y tantos años, con hijos, trabajo y lo demás. Hace quince años murió su padre.

Anoche (o una noche), en sueños, se repitió algo deseado y hasta muchas veces expresado en la vigilia. Expresión de deseos como las que todos tenemos: “Si mi viejo estuviera... si viera los nietos que tiene... ¡qué alegría para él y también para los chicos!”.

Porque crecer sin abuelos, es como tener cortada la raíz de uno mismo. Quizá no tan grave como sin padre, supongo, pero esa ternura de los abuelos es inigualable.

A pesar de no haber conocido más que al primero de los hijos del soñador; en el sueño, el personaje y sus hijos esperan la visita de su padre que viene de alguna parte, no se sabe de dónde ni cómo.

La cámara de la evocación que tiene el film, solamente apunta al visitante que arriba, que presenta la figura de sus sesenta y pico de años, su sonrisa y hasta su ropa, particularmente memorada tal vez, por una foto vista muchas veces: sandalias, pantalón beige claro y camisa sport muy moderna para aquellos años setenta y para un hombre de su edad, color marrón con dibujos blancos y bordó, mangas cortas. Reloj pulsera *Movado*, anteojos, bigote tusado, pelo lacio poco abundante, casi blanco, bien tostado, como siempre en una tarde de verano; ya que la película guarda (parece) la mejor imagen del filmado, la ideal.

A quién se le ocurriría ver a Clark Gable, a Marilyn Monroe o a cualquier estrella de cine por el estilo, sentada en un baño, enferma o pálida.

La imagen que más celosamente se guarda, creo que es la mejor, tal como ocurre con los abuelos. No se recuerda a la abuela echada sobre la cama, viejita, dejándose morir.

Se recuerda a esa mujer vital que todo lo podía, hacía las tareas de la casa, la comida, hasta la ropa; que leía un cuento cada noche, jugaba a las cartas con uno, lo arropaba y tantas cosas.

Tampoco al abuelo en su lecho de muerte, pidiendo que lo dejaran morir, alegando que ya había vivido.

Para nada; se lo recuerda llegando, maduro y tierno, en las horas de nuestra infancia, bien vestido, con sus zapatos impecablemente lustrados, peinado y afeitado, con su sombrero y su andar digno, con el paso calmo y una mano jugando en su bolsillo con algún caramelo.

Como decía, la cámara parece que enfoca nada más que al abuelo de los hijos del soñador, porque a los chicos no se los ve, pero se sabe que están esperándolo.

La cámara es subjetiva desde la óptica de todos los que esperan.

El visitante llega, se abraza con su hijo y ahí parece que se detiene la proyección.

Al momento recomienza, después de un abrazo y un silencio inmedibles, que hacen suponer escapa del tiempo lineal.

El hijo le muestra a sus hijos. El soñado los abraza y besa uno por uno y pronuncia sus nombres, aunque no se le ve mover los labios.

El soñador le dice o propone que se quede. Que cambiaría diez años de su vida, por un solo año que se quedara con ellos.

El visitante le responde que no, que no aceptaría volver ni un minuto canjeándolo por un segundo. Pero que si sigue con el sueño, él seguirá ahí, presente.

De inmediato el soñador despertó experimentando un escalofrío y esa sensación de que seguir con el sueño era morir o estar muerto. Tuvo aún la tentación de volverse a dormir, pero se dijo no, esta noche no.

ENCUENTRO

Hay tantas imágenes literarias y científicas. Tantas teorías, giros, vueltas y retruécanos sobre la dualidad, lo distinto de uno, de sí mismo —al decir de Heráclito— la contracara, la antimateria; que el hombre, entre asustado y expectante, aguardaba que alguna vez —siguiendo la idea del doble al decir de Hawking—, en otro lugar del tiempo, aquél se mezclara con su yo en otra temporalidad, se vieran frente a frente y confundidos se miraran, puesto que suponía que si para él iba a ser un encuentro inefable, para el otro también lo sería.

Si bien podía ser la confirmación de aquellas teorías, también para el otro sería una experiencia similar.

Especulaba con lo que podría ocurrir y esos sucesos impredecibles, por los que temía, eran motivo de cavilación. Temía a esa situación, a ese instante y a los posteriores.

Será tan igual, pensaba. Sí, debe ser igual, pero siendo otro debería tener algo distinto. Otros pensamientos al menos, o diferentes hábitos. Estar compuesto de otra sustancia. Aunque, si así fuera, cómo haría para verlo.

O no, nada de eso, no diferiría en nada y tal vez fuera como su sombra, su reflejo o su yo. Sabía acaso cómo era su sombra. Sabía en verdad, cómo era su reflejo. Más aún, sabía cómo era su yo.

¿Ese encuentro se conectaba con la vieja historia de que los otros de uno no proyectan sombra? Ni reflejo. Ese otro... ¿Es un “alguien”? Y sin él, ¿sería quién era? ¿Lo llevaba dentro o en verdad estaba en otro plano? Y aun siendo así, ¿en qué nivel y de qué planos se trataba?

Recordaba los siete cielos, la teoría aristotélica y a Ptolomeo con sus rigurosas fijezas del ordenamiento celeste y su derrumbe ante los recientes descubrimientos, que hablan del Universo en expansión. Lo que vendrá, impredecible, que conecta la mente del hombre con la idea de los dioses.

Está realmente todo en el cerebro del hombre, pasado y futuro. ¿O será cierto, cuando Prometeo encadenado decía que Dios otorgó juicio a los que eran irracionales como las bestias, los proveyó de una mente, o que también proveyó de una mente a quienes, siendo que tenían ojos, veían defectuosamente y pudiendo oír no prestaban oído, sino que se agolpaban como fantasmas en sueños al indeciso relato de su pasado confuso?

Eran ciertas las preguntas del Adonais de Shelley, o las aseveraciones de Milton en “El Paraíso perdido” en relación a que abandonado el paraíso externo, el hombre hallaría uno interior, más rico y fructífero. Macbeth no se refería a sus otros, cuando se preguntaba cuándo se volverían a reunir los tres.

Pensaba en las ruinas circulares, ruinas como cielos o laberintos que un viejo lector —a quien la memoria le fue fiel, pero la historia le fue adversa, hasta que llegó casi póstumamente la reivindicación—, había plagiado a su vez de escrituras más viejas aún, y las había firmado como suyas.

Calculaba si el otro era aquel del espejo de tantos cuentos. Si era su doble, un clon, una proyección o una ilusión. Y qué pasaría cuando se encontraran. ¿Se saludarían? O se reconocerían sin mediar un gesto. Precisarían de palabras. Qué recuerdos tendría. ¿Lo pretendería burlar, suplantar, probar, destruir?

Meditaba en todo eso, mucho más que en cualquier otro tema, mucho más de lo que había pensado nunca en otra idea, como jamás había hecho al leer ningún libro de ciencia o de ficción, porque esto le atañía a él, le horadaba las noches desveladas y sólo en la inconsciencia del día en el que transitaba sin pensar en nada

—sólo en trabajar, en el aseo, en el amor—, en todo eso que aleja del concentrarse, olvidaba.

Pero las noches insomnes lo perseguían monotemáticas y pesadas con la idea del otro o de él mismo. Hasta creyó, hurgando en su memoria, que ese otro era aquel que una vez imaginó reconocer y no le dirigió la palabra, haciéndole temer sin saber el porqué de aquella premonición.

Pensaba en la evolución que tuvieron las ideas científicas hasta la precisión novísima de la energía con sus cargas negativas, positivas y neutras, con su concreción visual y su medición de lo invisible. En la palabra desprendimiento. Se abalanzaron los cuentos de cuerpos traspasando paredes. Las de personas que se veían a sí mismas muertas, abajo de donde está el que mira, lloradas por sus seres queridos.

Historias de apariciones, de mediums, de voces de seres muertos encarnadas en seres vivos.

Cuando caminaba por las calles oscuras temía verse a sí mismo al doblar una esquina.

En los gemelos Castor y Pólux, en su propio signo de Géminis.

Pensó en el conocido como “testigo” de los sueños y en todas las posibilidades imaginables.

No hallar nunca a su otro, o habiéndolo visto, perderlo tal como en alguna pesadilla en la que se veía a sí mismo desde lejos, correr para alcanzarse o alcanzarlo, darle vuelta el rostro y poniéndose delante, descubrir que no es el esperado y que ese otro lo mira a uno con sorpresa o enojo.

O si lo encontrara al escribir sobre él... si lo tuviera delante, le hablaría sin sonidos, le estrecharía las manos y ambos desaparecerían en un destello quedando, como única huella del hallazgo, estas hojas escritas que el viento hará primero caer de la mesa y dispersará luego. Finalmente, se mojarán, se desteñirán las letras y perderán sentido las palabras: se volverán irreconocibles. Aún cuando un hipotético ser se dedicara a buscar hojas que no dicen nada, de decirlo le interesarán, de interesarle las entendiera y de entenderlas tuviera algo mejor que hacer, que vagabundear juntando papeles viejos y sucios para vender por kilo.

REFUTACIÓN DE MARLOWE

Mi nombre es Phillip Marlowe, un personaje... Es decir, soy un personaje que mi creador nominó así... no tengo más remedio que “llamarme” de este modo... aunque no me desagrada, más aún, creo que me cae bien.

Me quiero presentar ante ustedes, porque conozco las deformaciones de la información y la traición de los traductores —buscando las palabras, dice quien me escribe.

Soy un hombre del sur, pero de otro sur que aquél nombrado por un escritor sudamericano, con cuyos personajes algunas veces dialogamos de libro a libro, en algún anaquel.

Soy un hombre del sur de los E.E.U.U. (y después de mirar un punto fijo en las aristas de la habitación, desde el lugar que me ve quien me escribe y dice que en ese punto encuentra la película de la memoria; continúo). Aquí nací y viví todos estos años. Trabajé y amé. Investigué y fui víctima de muchas persecuciones.

Investigué en nombre de la Justicia, que nombro con mayúsculas, porque creo en ella.

No soy un hombre triste, como dicen, ni un solitario. En todo caso, un detective aplicado.

Tal vez alguien retome esto de creer en el bien, la Justicia, el triunfo de la Verdad, la Paz... qué se yo.

Desde el primer cuento, hasta su última novela, hemos tratado de testimoniar esas cosas, el sentir de un habitante de estas tierras con su “sueño americano”.

Hemos bailado entre humo y luces mortecinas “Mejilla a mejilla” con rubias platinadas o “Mi melancólica nena”... en fin... recuerdos.

Por las críticas que implicaban las páginas de cada obra, tal vez hayamos sido vilipendiados por los lectores y ciertos críticos como... (reflexionando)... pero ¿para qué nombrarlo...? Ya hemos charlado el tema con mi autor y siempre me ha dicho que el mejor modo de rechazar esas opiniones, es ignorarlas; como decían los romanos: “lo que no está escrito, no existe”.

No nombro a mis detractores y carecen de vida. Y aunque ellos hayan dicho que quien les habla “se ablandó”, me nombraron, *ergo*: existo. Ellos no.

Yo puedo estar hoy aquí, detrás de alguien, en su memoria, frente a la máquina de escribir, haciendo esta refutación. Pero sólo se refuta lo que existe, al menos en palabra; aunque mejor, dejemos ese tema.

No sé cuántos de ustedes, lectores que sabrán de esta carta mucho después de mi muerte, habrán leído a Raymond.

Algunos, directamente no sabrán quién soy, o fui. Pero soy, en tanto haya un lector que sepa algo de mí.

Perdonen que hable de mí, no sé por qué lo hago pero hoy tuve ganas de hablar así, desde un sitio del tiempo diferente a las páginas de las novelas o los cuentos.

Quiero que sepan por mi boca algunas cosas.

Les aclaro que efectivamente vivo solo. El departamento, para lo que es este suburbio que no tiene nada de “ángeles”, es presentable, si bien no parece reluciente. Para lo que estoy en él, Miss Clarie lo aseca bastante a menudo.

El perchero atestigua que en esta zona es frecuente la lluvia. Tengo dos perramus, tres paraguas, cubre-zapatos de goma —suelo olvidarme que los tengo—, varias corbatas con el nudo hecho y dos o tres sombreros, que cambio con el color de traje. Fumo mucho. Bebo no tanto como quisiera.

No soy solitario, como les dije, en todo caso, un tipo respetuoso. Qué vida le podría ofrecer a una esposa con lo que gano; sin un centavo muchas veces, con leyes como la que prohibía el alcohol y pareciera que sólo sirvió para hacerle publicidad; lo cual por otro lado, en mi caso, no era necesario y era un mal menor.

Siendo así, sólo me enamoré al final y eso me fue criticado también. Primero por solitario, después por acompañado... Me río (cambiando el tono y volviendo al relato, dice quien me escribe)... Sé reírme y lo hago de mí mismo, para empezar.

Como decía (volviendo al tono reflexivo), si uno no puede casarse por respeto, es bueno cultivar la amistad de algunas amigas.

Sepan que la noche me gustó siempre, pero que aparte, el oficio me empujaba a deambular por ellas.

Les doy un dato: la mayoría de los crímenes se cometen de noche. Lo aseguro. Además, lo dice Raymond y lo repiten Orwel, Ághata y todos. Lean los periódicos. En las sombras, el malhechor se siente amparado por lo oscuro como su alma.

No hay “serenos” de día. El delincuente supone la impunidad en las sombras. Cree que el ojo de Dios duerme... pero no, vigila y trasmite conciencia, y en los creyentes... culpa.

Claro que ustedes pensarán que todos los asesinatos salen publicados. En absoluto. De hacerlo, demandarían un diario íntegro. Salen sólo cuando se trata de personajes, nunca de ignotos.

¿Por qué...? Pregúntenselo. ¿A quién le importa un don Nadie?

Pero vuelvo al autorretrato para que sepan cómo soy o como fui. Soy alto, peso unos noventa kilos, a veces me doy cuenta que tengo puesto el sombrero, recién cuando me acuesto. Ando por ahí, como se dice, no me doy a conocer, o falseo mi ocupación.

Toco un timbre y pregunto si es cierto que el Sr. Hart vuelve tarde ese día. Sale una chica y muy dueña de sí, responde:

—Mire caballero, aquí no vive ningún Sr. Hart, ésta es la casa del Sr. Aliv Zitro, el periodista. La Señora no está, los chicos están en la escuela y vuelven a las 3, el perro se llama Luv... —y no escucho más, porque me basta. Lo terrible es que a esa información, la chica, también se la da a los que trabajan para el mal. Y hablando de datos, recuerdo anécdotas disparatadas, pero no las puedo poner aquí, porque las tiene registradas mi creador; salvo una, de un supuesto suicidio —que para mí fue homicidio—, la cual fue a parar al fuego, por no poder darle un buen final, ya que la investigación no condujo a nada y sin moraleja no quería publicarla y debo serle fiel.

Hago mi personaje, por lo que sé, lo que vi y Uds. verán, desde donde les estoy haciendo esta misiva y a quien quiera saberlo, que ninguno de los Dick que me encarnó en la pantalla, me gustó. Que el mejor rostro que tuve fue el de Mitchum y que la rubia que más amé, fue Linda.

La marca de cigarrillos, invariablemente la del dromedario y el whisky, según las finanzas, como dijo el amigo Racso Iplei, en una noche que juntos, tomamos una botella del bueno.

El clima ideal: llovizna de noche. El lugar: la barra detrás de la cual un barman calvo sirve bebidas a hombres finos que se sientan con chicas que hacen como que toman lo mismo.

Mis ojos marrones se agrisan y nublan, porque los personajes mueren con su inventor y él, a pesar de “La Jolla”, desde la muerte de Cissy, no será nunca más el mismo, escriba o no esa novela... y yo muera por la razón apuntada o por mi propio Smith & Wesson que tengo aquí.

Los Ángeles, Marzo de 1957
Atte. Phillip Marlowe

TIEMPOS

En “La otra Muerte” como en “Reencuentro con Jerjes II, Rey de Persia”, de César Dabove; tal como en muchísimos otros cuentos o novelas, se plantean los problemas de la temporalidad de los personajes.

Ocioso sería recordarlos aquí, cuando se puede consultar en las fuentes, aunque no corresponde eludir tales citas, aprovechándose de tantos y tantos autores que nos han legado —tal vez para usar en nuestra propia narrativa— vuelos de imaginación, conjeturas y modos que bien pueden aplicarse sin prurito a las historias a revelar, construidas por uno.

Ejemplo de eso es la siguiente historia, referida por un amigo.

“Ella despertó a mi lado. Mientras la miraba desperezarse, le acariciaba el cabello y la frente, dijo:

—Tuve un sueño... soñé con mi papá... pero... (dudó en continuar), estaba vestido con camisa blanca, pantalón me parece que también blancos y unos mocasines viejos... caminaba de un lado a otro del living... pero no de la casa nueva... de la grande, la del patio. (A todo esto ya había entendido que iba a referirse a tal casa y no a la que se vio obligado a ir a vivir sus últimos años).”

Es claro; tal como Damián o el personaje de Dabove, Mirza, don Carlos apareció en *su lugar*, la casa que él había hecho para su familia, el hogar donde crecieron sus hijos; la que tuvo que abandonar obligadamente.

La vivienda en la que sus hijos pudieron soñar. Esto lo sé muy bien porque me ha pasado.

Mis sueños se remontan a la casa donde viví con mis viejos, mis abuelos y mi hermano. Los patios, terrazas, todo aquello grabado en la memoria vívida de la infancia.

Ella también soñó con su padre en esas circunstancias.

Tiempos para admiración de los mayores, esos dioses cotidianos del afecto, los paseos, la plaza, la pelota, las idas al cine.

No registramos en la memoria la decrepitud ni la muerte.

Soñamos como vivos a los muertos. Nos resistimos a la pérdida. Nuestra memoria nos devuelve en los sueños lo que en la vigilia se ha perdido.

Que me lo contara fue halagüeño e inclusive me dejó comprender también que, siendo su primera pérdida fuerte, la caladura que le hizo aún roe sus pensamientos y le hace dar cuenta de todo el simulacro.

Con esa muerte se enfrentó por primera vez a lo que nos ha carcomido a otros que tenemos más pérdidas.

La primera es la más profunda. Las siguientes, se van amontonando sobre aquella, empujando a unos sobre el alcohol, a otros sobre la tristeza, a otros, sin hacerles aparentemente mella alguna.

Los libros de la biblioteca me miran por el lado de sus lomos, salvo los que están mal puestos. Para qué esta biblioteca de conciencias que me ha hecho pensar tantas cosas durante tantos años.

Sin embargo legaré al olvido todas estas páginas leídas.

La vida es una herida absurda, dice el tango. El deseo de vida, un culto en nuestra civilización. El valor de los sueños, algo tan valioso como la vigilia para otras culturas.

Bien cabe respetar a quienes hacen o sienten cosas que los “racionalistas” rechazan como «lo otro»: estas cuestiones, la paramnesia, así como otras trampas fraguadas por la imaginación y por los tiempos.

RÉQUIEM PARA WINCKELMANN

En 1767, I.J. Winckelmann, publicó su “*Monumenti antichi inédti*”, partiendo de la mitología griega, obra en la cual si bien aparecen afirmaciones que a posteriori resultaron erróneas, no van en su desmedro estas líneas, escritas para reivindicación de quien supo extraer conclusiones de los más insignificantes datos que tuvo a la vista.

Muy por el contrario, este réquiem es un homenaje —a la vez lapidario y recordatorio— de su asesino, a quien no obstante algo le debo.

Angélica Kauffmann, quién vivió en Roma por la década de 1760 y hasta el final de su vida, en 1764, nos legó un retrato de Winckelmann, del que he visto una foto.

Aparece sentado ante un libro abierto y tiene una pluma en su mano derecha. Sus ojos son muy grandes (desconozco si responden a la proporción, al carácter del sujeto, o a su mirada que influyera en la retratista), oscuros, de frente muy amplia como dice Ceram, “el arqueólogo tenía una frente muy amplia”... que era una “frente espiritual”. Nariz grande y conjunto de formas faciales “borbónicas” (sic). La boca y la barbilla, suave y redondeada. “En él, la Naturaleza había puesto todo lo que define y conviene a un hombre”, dijo de nuestro protagonista nada menos que Goethe.

Como refiere su biografía conocida, nació en 1717 en Stendal y de niño ya le gustaba ir a ver las “tumbas de gigantes”, ahora conocidas como dólmenes, que había en las cercanías de su pueblo.

En 1737 y 1743 fue preceptor en Seehausen, a su pesar, porque atendiendo a sus propios dichos, prefería ocupar su tiempo en la lectura de Homero.

Cinco años más tarde, fue bibliotecario de la casa del conde de Bünau cerca de Dressde. Poco después abandonó la Prusia de Federico.

Se convirtió a la fe católica y desde 1758 fue bibliotecario de las colecciones del cardenal Albani.

Pasaron otros cinco años, hasta ser nombrado Inspector de todas las antigüedades de Roma, visitó Pompeya y Herculano y murió en... pero mejor dejemos eso para después de saber quién fue Arcángeli.

Por esos tiempos, en Roma aparecen diversos personajes como Bayardi, bibliotecario también, docto al que se le había encomendado el primer catálogo de los hallazgos hechos hasta ese momento y que se encontrarían al trasponer las inexpugnables Puertas de Oro que al tiempo difundiera Fulcanelli.

Pero he aquí que Bayardi se puso a escribir un prólogo del catálogo que llegó a las dos mil quinientas páginas, sin haber ido nunca al lugar de las excavaciones ni haber permitido que otros investigadores tuvieran acceso al material que manejaba. Aunque varios eruditos, aún sin su ayuda y sin prólogo alguno, se abocaron a la investigación, dejando uno de ellos, llamado Valetta, en 1757, un tomo del que nuestro arqueólogo hizo buen uso, citando la fuente.

Tiempo después, en el convento de los agustinos nuestro homenajeado descubrió la “Villa dei Papiri”, viejas anotaciones que de sólo tocarlas, se deshacían como cenizas y que un padre de apellido Piaggi, con un método secreto, logró parcialmente reconstruir, legando un tratado sobre la música de Filodemo, a quien trataremos en otro trabajo porque así lo merece y no quisiera convertir esta narración histórico ficcional, en una cuyas ramificaciones hicieran interminable su lectura.

En esos mismos tiempos, no faltaron quienes, carentes de lógica (tal el caso de un llamado Martorelli), intentaron demostrar que en la Antigüedad se conocían ya los libros cuadrangulares como los de hoy en día, cuando todo, antaño, eran no más que papiros.

Dije antes que esto se lo debo al asesino del ilustre arqueólogo y así es, puesto que fue quien más supo de él.

En 1768, volviendo de Alemania hacia Italia, en un hotel de Trieste, el arqueólogo conoció a un italiano cuyo nombre, irónicamente, era Arcángeli.

Hicieron amistad. Comían y paseaban juntos y Win-ckelmann se confió plenamente de este “sincero” hombre común, de profesión cocinero (a su decir), hasta el punto de mostrarle unas monedas de precioso metal, regaladas por la emperatriz María Teresa.

Arcángeli supuso que era una muestra de un tesoro mayor.

El ocho de junio de ese año, Arcángeli se despertó turbado por la idea de enriquecerse robándole a ese señorón que confiaba en él.

Le remordía por primera vez la conciencia a pesar de haber estado preso y cometido variados delitos; pero en este caso, no sería como con otros; éste era un hombre especial y buscando impunidad, debería asesinarlo.

Estando en el mismo hotel, caminaron durante el día, almorzaron juntos en el comedor y planearon cenar en la habitación de Winckelmann.

Al llegar, Arcángeli debió tener una expresión tensa en su rostro, porque nuestro personaje le preguntó si le pasaba algo, a lo que respondió, tartamudeando, que no.

Comieron, charlaron y bebieron.

El ladrón, bebió más de la cuenta para darse “valor”.

Sobrio no se hubiera animado.

En un momento de distracción, tomó una cuerda, fue por detrás del científico, se la pasó por el cuello y le asestó además varias puñaladas.

A pesar de revolver todo el cuarto, sólo encontró las pocas monedas que le había exhibido y con ese magro botín se disponía a escapar cuando vio que su víctima, destrozada y sangrante, escribía sobre una hoja las palabras: “Se debe...”, dedujo que las que seguirían, lo sindicarían, así que le arrebató la pluma y huyó. Personalmente, creo que I.J.W. con su último respiro, no iba a utilizar esa pluma para señalar al traidor; creo, decía, que nos hubiera legado datos de Homero, muchos de los cuales demandaron años en ser encontrados.

No fue apresado por ese crimen, pero sí por otros que sumados a su historial lo pusieron en una celda en la que terminó sus días.

Se le insinuó que se confesara, que esperara en paz la última hora y dejara de padecer ese insomnio consumidor de las pocas energías que aún le quedaban.

Alguien le prometió que su conciencia se aliviaría si, de algún modo, dijera a otro lo que le pesaba.

Arcángeli decidió escribir sus memorias, a modo de confesión (que aún deben estar guardadas en la prisión donde purgó su condena), de las que extraje lo contado.

LA VERSIÓN DE PRENDEL

Ese James, con su locura de los tiempos, ha terminado por inmiscuirse en hechos y lugares que si bien no son para mí extraños, hubieran merecido una consulta, un acercamiento, otra lectura, aparte de la de su amigo Wells.

Lo cierto —tal vez lo único cierto— es que leyó que un pintor de época, Maxs Felinfer (que amén de ser un paisajista conocido, digo más, reconocido, un clásico en toda la extensión de la palabra, fue un escenógrafo real, exiliado en Italia por persecuciones religiosas o de una índole desconocida para mí), vecino de Ascoli, Piceno; una primavera me invitó a posar para su serie de retratos. Accedí gustosamente, cómo no hacerlo, dado que tanto él como su esposa Patricia Venna, tuvieron miríada de gentilezas para conmigo. Al preguntarle la razón de su elección, me respondió que en realidad lo hacía por “motivos diversos y convergentes” (sic). Ante la sorpresa que causó en mi rostro su respuesta, se echó a reír.

De su pelo y barba enmarañados, entrecanos, parecían salir ruiditos de risas. Tenía la boca abierta y la dentadura cerrada. Se le acentuaban las patas de gallo alrededor de los pequeños y hundidos ojos marrones. Las fosas de su nariz, como branquias de pez, se dilataban al compás de su risa.

Por fin se calmó y dijo que los motivos diversos y convergentes eran porque en Ascoli se sentía solo, salvo por la compañía de su mujer, con pocos amigos y que quería habitar el pueblo, al menos con los retratos de los visitantes.

Al dar una ojeada por su casa, vi montones de retratos de hombres y mujeres. Al preguntarle quiénes eran, me dijo que se trataba de todos, absolutamente todos los habitantes del pueblo y de todos los visitantes que habían aceptado posar para él. Inclusive, hizo algunos de quienes no quisieron hacerlo o se iban de inmediato y con la sola impresión que tuvo al verlos una o dos veces, también los había retratado.

Mientras refería esto, me fue abriendo puertas a cuartos donde, como es de suponer, había retratos por doquier. Temo, además, que las habitaciones eran tantas que no llegué a verlas a todas, o tal vez, que no había una última.

También vi otras obras, otro tipo de cuadros, como por ejemplo, una rueda gigante, a la que pequeños hombrecitos desnudos y asexuados trataban de llegar, otros caían, otros ni siquiera la alcanzaban y los que podían asirla se aferraban a ella. En otra pintura, se veía algo así como una isla, un pedazo de tierra arrancada de un desierto, sostenida por tres columnas resquebrajadas y algunas más caídas, como un pedazo de mundo en el que se veían árboles, un hombre y una mujer sobre el césped, acostados, desnudos abrazándose; en el costado una estatuilla de Cupido dirigiendo su flecha hacia ellos; a un lado, una iglesia, al otro, una casita; al fondo, unos niños que rondan, a la izquierda, adelante, un hombre vestido de blanco leyendo. Todo eso con un

cielo azul tenebroso y las columnas apoyadas en una vastedad desértica donde hay barcos encallados, esqueletos de viejos navíos, que asustan al espectador; en otro plano, un hombre- niño calvo, con un libro en sus manos.

Pero su fuerte, evidentemente, eran los retratos y los autorretratos, de los cuales vi varios, de distintos tiempos de su vida.

Seguí preguntando sobre la convergencia de los motivos diversos, y al fin me respondió, creo que tomando las cosas más en serio. Me dijo que creía que haciendo tantos retratos, alguno llegaría al futuro, se preservaría y lo haría conocido. Ser conocido siglos más tarde; tal era su aspiración.

En esas últimas palabras me quedé pensando un rato... ser conocido en el futuro, siglos más tarde... ser conocido... dudé. Confieso que dudé del fin perseguido, aunque debo admitir que soy de esa clase de gente que se llama a sí mismas criticistas, ni escéptico ni dogmático. Duda como filosofía. Duda como para ahondar un poco más en lo sabido o en lo creído. Dudar del escéptico extremo que, puesto a su límite, tal vez se transforme en lo contrario, como así del dogmático que no admite que las ideas, el mundo y todo evoluciona mientras se van descubriendo nuevas distancias estelares, microbios, antígenos... En definitiva, un personaje que piensa sin dejarse llevar por unos ni por otros.

Tanto dudé, que más que lo del futuro, se me ocurrió que sería un modo de olvidar. Olvidar el transcurrir del tiempo que conlleva a la muerte como certeza final, más que proyectarse al “futuro”. Se lo dije y me respondió que era posible, que toda existencia pretende justificarse a sí misma y que siguiendo o parafraseando a un poeta amigo suyo, ermitaño si los hubo o los hay aún, que conocí en su casa, un tan William Braun, “todo lo humano es un entretenimiento, para llegar a la muerte”. Y que a diferencia de las otras especies, la humana era la única en tener conciencia de ello.

Posé un par de horas el primer día. Me habló de algo que llamaba o iba a llamar “seblismo”, vocablo derivado de *seblie*, neologismo a su vez, con el que iba a nominar una expresión cuya base sólida era lo clásico, desde lo técnico hasta la materia, pero con libertad expresiva, sin otra connotación que arte, más mensaje expreso, más mensaje espiritual, como crítica social pero sin encasillamiento de ningún signo. Esto me pareció un tanto sucesor del Dadaísmo, con la diferencia que la parte artística no tiene conexión ni con la corriente de Rosa de Luxemburgo, ni con la inminente revolución que se está gestando en Rusia o, como en el caso de los franceses, que parecen simpatizar con el marxismo.

Al día siguiente me mostró el retrato. Era yo. Era Ralph Prendel. Pero era distinto de mí. Tenía algo indefinible, una expresión imposible de determinar. Tenía algo que me causó una impresión muy fuerte, tanto que me agité. Fue un impacto emocional. Mi rostro era mi rostro, pero como de cera. No estaba mal pintado, sino que aparecía un pequeño rictus que yo mismo no me conocía. El horror dio paso a la reflexión y comprendí por qué me vi o veía así. Tenía una expresión atemporal o intemporal. Así eran también los demás retratos que había visto. Y el horror volvió. Mi cara era la de un muerto. En las pupilas de mis ojos retratados se reflejaba una figura humana o casi humana.

En el cuadro, detrás de mí, no estaba el paisaje de fondo en el que posé sino que había restos de ruinas de alguna ciudad o edificio de incalculable arquitectura, osamentas dispersas de no sé qué batracios o animales de qué época, una lejana montaña de orogenia indescifrable de la que fluía una corriente que se hacía cascada con muchas caídas y un cielo; un cielo que bueno sería describirlo en papel, porque escribirlo le resta espanto —con rojos, azules, verdes, violetas y rayos—. Tan vívido era ese cielo que al mirarlo parecían escucharse ruidos de truenos y horrisonos de lejanos lamentos. Nubes violetas orladas de rojo intenso. Pensé en uno de los cuadros que vi, en alguno de los innumerables cuartos de Felinfer y recordé el titulado; “Nacimiento de Adrián”; pero en esa obra, no había personajes. Era el paisaje de un oscuro desierto.

Volviendo al presente, si bien originalmente he sido el protagonista de “The sense of de Past”, al morir Henry, me he visto liberado del destino que quiso imprimirle o imprimirme, que, por otra parte, sólo yo conozco (tal vez también Stephen Spender), y pueda desenvolverme solo —como lo he venido haciendo hasta ahora.

Cordialmente,

Ralph Prendel
New York, mayo de 1916

ESPEJOS Y ÓRBITA BORGEANA

LA BIBLIOTECA

a Jorge Luis Borges, i.m.

El hombre ingresó al extraño edificio en cuya portada era evidente advertir que se trataba de un lugar no común, olvidado de la gente, contrariamente a esos inmensos estadios donde miles de personas se congregan diariamente para ver los espectáculos musicales, deportivos o artísticos como les han dado en llamar a esas presentaciones.

Sabía que se trataba de una biblioteca, que no era ni la de Babel ni la del rey persa Asurbanipal, que la hizo escribir sobre ladrillos o piedras para legar a la posteridad, ni la biblioteca del poema “Ensueño” de H. Hess. Sí de La Biblioteca.

En ésta, como en las mencionadas, era posible encontrar todos los libros del saber humano universal de todos los tiempos.

Debió apoyarse sobre las pesadas puertas, empujó, hizo todo el esfuerzo que sus brazos y sus piernas le permitían. Le dolía la cintura; los músculos de la espalda y el cuello estaban tensos al máximo. Al fin logró transponer la entrada.

Como lo esperaba, ante sus ojos se presentaba la biblioteca mágica, en la que podría encontrar todo el saber: cada libro contendría las respuestas a cada interrogante: llámese vida, muerte, color, espacio. Llámese filosofía, literatura, poesía.

A tientas, indeciso, rondó largo tiempo, hasta que su mano derecha comenzó a señalar más expresamente lomos de libros, conocidos algunos, nunca pensados los más, libros inmensos como mares en los que un hombre, amén de leer, podría sumergirse, inundando sus ojos, su mente, su cuerpo, todos los sentidos, en conocimiento.

Sus manos fueron acariciando cada volumen a la altura de los títulos, hasta que cuidadosamente eligió y extrajo de los anaqueles polvorientos un tomo que depositó sobre una de las innúmeras mesas que había en ese sitio, el que ahora, estando dentro, parecía no tener límites.

Era un gran espacio. La puerta por la que entró se divisaba muy lejos. No percibió a nadie cerca de sí. La luz era tenue, casi mortecina.

Al fin se decidió, abrió el libro y se notó en su mirada la degustación de esa obra que paladeaba página a página, perdiendo totalmente conciencia, noción y relación de espacio.

Estuvo leyendo durante mucho tiempo. Pasaron horas, quizá días y seguía leyendo. Tal vez semanas, meses.

Nada más que leer, representaba un placer sin límites y continuaba haciéndolo y eligiendo otro libro y otro más, así, interminable y continuamente, olvidándose del mundo. De pronto, vio que había un anciano, en una mesa lejana.

Le extrañó no haberlo percibido antes. El viejo estaba leyendo otro libro inmenso, absorto y sin reparar en que alguien lo miraba.

Transcurrido un tiempo en el que lo observa callado, percibe un ruido, un zumbido y siente un escozor que le recorre el cuerpo.

El anciano levanta la cabeza, lo mira, va hacia donde está y le pregunta:

—¿Qué libros lee... qué busca?

—¿Y usted qué lee, qué busca?

—Los mismos.

—¿Y cómo sabe lo que busco, lo que quiero leer?

—Porque fui como vos.

—¿Cómo dice? ¿Que usted fue lo que yo soy...? Pero... acaso...

—Sí, sí... Lo que he dicho. Yo soy, además, lo que vas a ser.

El anciano hablaba pausado y seguro. El hombre empezó a temblar, a no poder pronunciar claramente sus palabras.

El otro lo miraba con ojos permisivos y mansos. El hombre buscaba con sus ojos, lazos con una realidad tangible.

—¿Usted me dice que yo... que soy... su pasado?

—Así es, ¡y yo tu porvenir!

—Y qué lee usted, ¿qué ha leído en todo el tiempo?

—Primeramente te diré: soy un perdido en esta otra ficción de creer que en los libros se encuentra todo el saber y... (no pudo concluir, lo volvió a interrumpir)...

—¿Acaso negará que en los libros uno aprende la vida?

—Segundo: así es, en los libros no se aprende la vida. La vida de uno, claro. En ellos está la vida de otros, ficticios o reales. Biografías, autobiografías, contenidos de otros que vivieron y plasmaron su experiencia, que novelaron hechos que conocieron o imaginaron. Lírica de sus emociones y sus sentimientos que hicieron poesía. Conocimientos ordenados que hicieron historia. Mi vida y tu vida están en tu vida y en la mía, no en la de los otros...

Estremecido de pavor, su voz crecía en grito, sus movimientos en desesperada búsqueda de salida a la situación.

—Debo escapar. No sé si usted está demente o... qué pasa... pero me voy...

El viejo silenció su voz y tomó otro libro. Parecía aceptar su destino.

Primero caminó, luego corrió hacia la puerta inen-contrable.

Desde la distancia y sin levantar la mirada, el otro dijo en voz baja, aunque audible:

—Estás condenado como yo. No intentes la salida. No pretendas huir de lo que has pensado como el conocimiento. Ahora has comido del árbol y te has expulsado del paraíso...

—¡Pero! (el tono era rozando el llanto y la furia)... quiero volver a ver paisajes... estrellas... niños, gente, películas, hojas caídas en otoño, nieve en las cumbres de las montañas (y enumeraba sin ton ni son, emitiendo sollozos entre sus voces), quiero (y el tono subía y ya eran gritos y ruegos y lamentos y voces confusas que subían y pasaban cerca del que leía)... quiero luces, sombras, sonrisas, mirar el césped, la luna...

—Estás condenado y ya...

No le permitió continuar. Tomó al viejo de las solapas del saco que vestía y lo sacudió mientras le gritaba que lo dejara salir, mientras el otro repetía:

—¡Estás condenado, estás condenado! (aunque su tono era cordial, seguía siendo dulce, lo miraba con ternura y compasión).

Mientras eso ocurría, el anciano se le iba deshaciendo en las manos, como hecho de humo o de polvo.

Se miró las manos vacías. Emitió un grito profundo. Golpeó las mesas. Llamó.

Los libros desde los estantes esperaban, todos y cada uno, ser los elegidos.

El hombre, que había quedado sentado exhausto, se levantó de la silla, extrajo un tomo, empezó a hojear y se sentó a leerlo.

CONJETURAS SOBRE LOS ESPEJOS

Sin duda, para los lectores, la misma palabra conjetura es propiedad de Borges quien, en mucha de su excelente obra, hizo de la suposición, un rasgo propio de lo que él mismo llamara su agnosticismo; lo cual no nos impide hacer buen uso de ella y encarar la cuestión de los espejos, tampoco ajena a nuestro connacional, que dejaremos para el cierre, recordando brevemente a otros autores no menos calificados. Así como ahondar en el tema desde distintas posibilidades, sin pretender originalidad alguna, haciendo un mero recorrido, aporte infinitesimal, citando las fuentes de las posibilidades que nos ofrece dicho cristal azogado, que viene del latín *speculum*, aunque los aborígenes americanos lo utilizaran sin saber aquello y lo hicieran del material volcánico, después conocido como obsidiana.

De la innúmera cantidad de citas que podríamos enunciar, cabe mencionar por ejemplo algunas como la de León Bloy, incluida en *Le Vieux de la Montagne*, titulada “Los goces de este mundo”, en que refiere: “Aterradora la idea de Juana, acerca del texto —Per Speculum in Aeningmate—, que dice: *Los goces de este mundo, serían los tormentos del infierno, visto al revés, en un espejo*, líneas que datarían de 1909, según una antología.

No menos importante, aunque más conocido, es el tema de Lewis Carrol con Alicia, pero más terrible aún, el de Tsao Hsue Kin, que vivió en los años 1700 y quien, en su infinita novela china —por lo extensa— (demoró más de diez años en su escritura), “El sueño del aposento rojo”, relata las vicisitudes de Kia Yui, para quien el espejo de Viento y Luna, bruñido de ambos lados, poseía tal poder de eretismo, que el personaje elige no privarse del goce, aunque en ello fuera su vida; a pesar de que el mendigo que se lo diera, le recomendará mirar sólo el reverso y no el anverso de ese óvalo hacia otro espacio.

Pero claro, al verse en el lado indicado, Kia Yui veía una calavera que era, suponemos, la suya. Pero del otro, del prohibido, aparecía “la señora Fénix”, quien lo invitaba.

Él atravesaba el metal y consumaba su amor tantas veces como lo deseara.

De estas breves anotaciones se podría colegir, entre otras posibilidades, que los espejos devuelven la imagen, son el reverso de la diestra y siniestra, conducen a confusiones indescifrables y hasta pueden provocar un efecto puerta.

No obstante, sólo se puede suponer como probable; porque si todo fuera ilusión (Maya), esas posibilidades serían parte de la misma.

Nos miramos con otros ojos y somos vistos por otros, aunque en primera instancia supongamos que son los mismos. Pero puestos a observarnos con espejos por delante y por detrás, la imagen se multiplica tantas veces, que los ojos cambian de color y adquieren iguales pero diferentes miradas, ya que todo lo que se multiplica se parece, tal vez mucho, pero es igual sólo a sí mismo.

El primer reflejo ya deforma, los siguientes desfiguran y la imaginación, que es parte de la imagen, —que procede de *imago* = representación—, nos hace viajar a distancias

inconmensurables aún dentro de un pequeño lugar, en un cuarto en el que dos espejos se enfrentan y hacen que una mente se divida en tantas copias, como imágenes capte cada una de ellas, ocupe un sitio de pensamiento en cada una y nos tienta a suscribir la proscripción del “speculum”, por el temor de perdernos en las imágenes y a riesgo también de ser tildados de moralistas.

Esto tal vez sea parte del egocentrismo y se deba a que, en vez de vernos en los otros y de acuerdo con su mirada saber quiénes somos, la formación de los significantes, el espejo represente la vanidad, que es uno de los pecados capitales y viene de *vanitas* (lo vano). Si es vano, es lo falto de sustancia, por lo tanto, no tendría que ser siquiera tenido en cuenta.

Concluyendo, se podría conjeturar que la abolición de los espejos, al menos para fines personales, contribuiría a un diálogo enriquecedor más ubicuo del que se tiene con uno al mirarse, y no se correría el riesgo de perder la mirada.

Nada mejor que dejarse seducir, no resistirse a la pulsión de la cita que hace J.L.B de la Enciclopedia en “Tlön, Uqbar...”, con respecto a los espejos que multiplican y divulgan al hombre, para llegar al final.

HISTORIA CIRCULAR

Refutación de Fred Murdock

Su secreto

Dos términos encontrados en la traducción de J. L. Borges, “The ethnography and a clarity”, pulsionaron a la escritura de este párrafo tal vez vano y demasiado breve, alongado por los devaneos de la memoria, incentivado por el correr de los dedos sobre las teclas, tendiente sólo a divulgar un secreto no revelado, como tantos que permanecen en la oscuridad de los sabios o de los oráculos, o detrás de ciertas puertas secretas.

Este texto, tal vez también cifrado de alguna manera, debe dar cuenta, pero sólo parcialmente, del “camino de Murdock».

Que Fred, como lo trata el traductor aludido al fin de la página 368 del Tomo II de sus Obras Completas —editado en su país natal por Emecé—, con esa confianza que otorgaría el nombrar sin el apellido, lo que supondría una familiaridad de conocimiento casi íntimo que niego.

Me permito suponer, conociendo el remanido dicho “traductor–traidor”, que algunos autores, tal vez uno mismo, ponemos en tercera persona hechos que nos han ocurrido en la propia vida, pero que literaria-mente nos conviene (o creemos que nos conviene), abordar como historias ajenas o lejanas.

Tal el caso de Fred Murdock, quien escribió un cuento sobre una biblioteca, que no era tal, ni una determinada, sino una quizás fabulosa, en la que los personajes son el narrador y la víctima —por así decirlo—. Un anciano que se deshace en polvo, al ser sacudido por el primero. Y luego están los traductores, fieles o traidores a los argumentos.

Por fin, nuevamente el texto en mis manos.

Yo, Fred Murdock, les contaré ahora mismo, lo que no revelé en su momento y de lo que ni siquiera me enteré hasta hace poco.

Referiré lo verdadero, traducido por el tal Borges, y lo falso.

Soy alto, es cierto. Mi cabello es totalmente blanco y largo. Si decir que tengo perfil de hacha —lo cual significa algo y no una característica de indio— fui fuerte en mi rostro y en mi alma dolida de historia. Nunca descreí de los libros ni de los escritores; yo mismo lo he sido.

Mal podría no hablar de singularidad, siendo que hablo de mí. Todo hombre se supone singular y tal vez, lo sea. He sido respetuoso y se me ha respetado.

Si bien es cierto que en algún momento de la juventud pude haber sentido incertidumbre, no se parece a lo que el traductor llama “edad en que el hombre no sabe aún quién es”. Más aún, me parece que en eso, el traductor, sin querer, hace una catarsis de sí mismo y se le escapa lo que él ha sido en alguna época, quizá un pusilánime que no supo quién era en algún tramo de su vida.

No es cierto que estaba dispuesto a entregarme a la mística persa ni a lo que dispusiera el azar; siempre creí en un crecer parejo entre todos los niveles: el amor, la amistad, el trabajo, la misma soledad, el hijo.

Los personajes de “La Biblioteca”, inédito en libro hasta ahora, empezaron a vivir por la publicación aparecida en el diario Rosario 12 de la ciudad homónima argentina, el 23 de octubre de 1991, suscripta por un seudónimo que usaba entonces. El que entra a la biblioteca soy yo mismo. El anciano que se deshace en mis manos, Borges.

Pero lo fundamental es hablar de lo iniciático que resultó para mí el paisaje, la meditación, la poesía y el amor.

No me ata ningún juramento. Estoy a punto de morir aquí.

No quise darle al profesor de El etnógrafo, lo descubierto bajo el cielo, porque las experiencias trascendentes son inefables. Tampoco me resulta escaso el idioma inglés. Una lengua concisa, atrapa en sí lo que a otra le demanda más espacio. Creo en el pragmatismo tanto como en la ética. Lo demás, también a mí me parece una frivolidad.

Lo que se puede revelar es que no hay más arcano que el devenir prodigándose y como dice el filósofo: “No es posible complacer a todo el mundo, basta con seguir el dictado de la conciencia”; prodigándose y dando amor es el modo. Digo, dar amor hasta vaciarse y así sentirse repleto. Devenir sin esperar recibir nada. Andar como andan los ríos y los pájaros. Aquietarse como una piedra, danzar como un trigal.

El profesor me preguntó si iba a volver a vivir entre los indios.

El prurito escolástico del traductor me puso como bibliotecario en Yale. Tal vez haya sido su propio deseo estar en esa Biblioteca, cuando lo sacaron de la de su país. En verdad, no fue así.

He seguido leyendo en los libros del mundo, en los ojos de los niños y de los ancianos.

Fred Murdock
Kansas, EEUU, 1998

ALGUNAS OPINIONES SOBRE LA NARRATIVA DE G. IBÁÑEZ

«GUILLERMO IBÁÑEZ Y LA REALIDAD COMO LÍMITE». En Diario La Capital, Rosario, 15 de Abril de 1979. La lectura de «Contornos de juego», conduce a poner en crisis –no a negar– las siempre movedizas y fluctuantes líneas separatorias entre géneros literarios. Ibáñez accede a la prosa luego de una larga y profunda búsqueda en el lenguaje poético y quienes hayan leído sus anteriores volúmenes no podrán poner en discusión que se trata de una de las voces más serias y válidas de la poesía santafesina en las dos últimas décadas y los resultados de esa búsqueda se manifiestan como expresión esencial en estas páginas... Comprueba por otra parte lo que algunos autores han señalado como íntima identidad del cuento con el poema, en cuanto a unidad estructural, en cuanto cerrada síntesis simbólica, basado en una profunda concentración imaginativa... La escritura es, entonces, el intento de la mente de explorar esos espacios, esos «contornos» que están más allá de lo habitual de la apariencia de lo cotidiano. Los personajes viven una realidad esencialmente interior, mientras sus cuerpos permanecen aprisionados en la rutina del acontecer cotidiano, sus mentes rompen los límites asfixiantes del mundo de los otros, esos contornos casi mágicos de una realidad más profunda y sustancial en que generalmente se enfrentan e identifican con la otra imagen, la oculta de su propio yo, de allí la reiteración del tema del «doble» que aunque nos haga pensar en el intelectual juego onírico borgeano, cobra aquí una angustiante vitalidad. No es, por otra parte, convencional su utilización técnica narrativa –aunque sus cuentos puedan encuadrarse dentro de los precisos y difíciles límites del cuento– ya que son muchas las audacias formales, tanto en la estructura sintáctica misma como en el frecuente empleo del espacio en blanco como manera de evitar referencias demasiados específicas –nombres de personas, lugares, ambientes–, que darían historicidad a los relatos y al mismo tiempo, como invitación al lector a incorporarse en la función creadora...» Eugenio Castelli.

«CONTORNOS DE JUEGO» Guillermo Ibáñez (La Ventana - Rosario), en Diario «La Gazeta», San Miguel de Tucumán, el 29 de Abril de 1979. «...primer volumen en prosa de este autor, cuya obra poética...» «...Se trata de cuentos y narraciones prologados por Alberto Lagunas, trabajos en los que el tema del doble crea las posibilidades para que los personajes caminen contornos de juegos dramáticos y alucinantes...» Daniel Alberto Desein.

«LA OBRA DE GUILLERMO IBÁÑEZ», en Diario La Capital, Rosario, del 30 de enero de 1983. «...este autor está marcado por una de sus obras «Contornos de Juego», de 1979. En ese sistema de relatos breves, son recurrentes una serie de motivos simbólicos que, siendo de honda repercusión persona para el autor, lo son también en la tradición literaria donde ha abrevado. Me refiero a la imagen del «espejo» o el tema del «doble». Subjetivamente percibo en su cosmovisión la presencia hege-mónica, si bien disimulada, de una frontera, límite, surco, señal a veces, frente a «lo otro». Ese límite es en momentos optimista, el mismo horizonte; «puerta» en los más enigmáticos; «celda» en los más aterradores. Pero como en realidad es una frontera ante sí mismo, la imagen recurrente es la del espejo, origen de esa dualidad contrapuntística entre personajes o estructura simétricas que señala el prólogo...» Inés Santa Cruz.